

IV

GALICIA

REVISTA REGIONAL 1892-93

ES PROPIEDAD

GALICIA

REVISTA REGIONAL

De Ciencias, Letras, Artes, Folk-Lore, etc.

2.^a ÉPOCA, 1892-93



LA CORUÑA

ANDRÉS MARTÍNEZ, EDITOR

—
1893



GALICIA

REVISTA REGIONAL

LA REVISTA "GALICIA"



QUIERE el señor Martínez Salazar que mi humilde firma inaugure las tareas de esta importante revista en su segundo período.

Inaugurémolas, pues, *en el nombre de Dios*. Es el mejor comienzo, aunque parezca extraño en estos tiempos.

La revista GALICIA, que tantos y tan señalados servicios ha prestado á la cultura del país en el primer período de su vida, ha de prestarlos aún mayores en el que hoy se inicia, porque será campo abierto, como conviene á su carácter científico, á todas las opiniones y á todas las escuelas. Dado este noble propósito del ilustrado fundador, que no repara en sacrificios cuando se trata del progreso intelectual de esta nuestra amada tierra, debemos esperar que cuantos en ella cultivan los diversos ramos del saber humano cooperen á tal fin, que sólo podrá conseguirse con la unión de los esfuerzos individuales.

No obstante los de nuestros historiógrafos, duermen todavía bajo el polvo de los archivos innumerables documen-

tos, que es fuerza sacar á luz para que podamos conocer de lleno todo nuestro pasado, no sólo en la esfera política, sino también en las demás de la vida. Crónicas, monografías, memorias, epistolarios, cuanto conduzca al exacto conocimiento de sucesos, personajes, modo de ser de nuestros progenitores, sus artes y manufacturas, ideales que acariciaron, empresas realizadas, éxitos obtenidos, todo debe concurrir á enriquecer las páginas de esta publicación, única en su género en las cuatro provincias hermanas. Así, con el esfuerzo aunado de todos, se podrá alcanzar lo que para uno solo resulta siempre ímproba tarea.

Si es la Historia la ciencia de nuestro siglo, como dijo Thiers; sino son posibles, sin ella, ni la Filosofía de la historia ni la Sociología; si estas ciencias señalan á cada pueblo, á cada raza, á cada nacionalidad su ideal y su porvenir, parece fuera de duda que cuantos anhelan con ánimo generoso la rehabilitación y la prosperidad de Galicia deben secundar desde luego la obra hercúlea gloriosamente emprendida por el ilustre Murguía.

También preocupa hoy á todas las inteligencias lo que ha dado en llamarse el problema social. Cierto que no reviste en nuestro país los caracteres alarmantes con que en otros se manifiesta, mas no por esto hemos de permanecer indiferentes ante las pretensiones del denominado *cuarto estado*. No en vano existe una perfecta solidaridad entre todos los intereses legítimos.

Cuando la gran masa de la población está constituida por los trabajadores del campo, á la vez propietarios en su mayoría, aunque en pequeña escala, como sucede en Galicia, bien poco ó nada hay que temer, porque cada uno de aquéllos está interesado en el mantenimiento de la paz.

El obrero del campo vive en constante y directa comunicación con la Naturaleza, que le habla de Dios á cada paso, cuando la lluvia benéfica prospera los sembrados; cuando la planta germina y crece y la coronan flores y frutos; al despuntar la aurora; en el centelleo del sol fecundador; en el crepúsculo vespertino; cuando la vibración de la campana le invita á dar gracias al Supremo autor de la vida por los beneficios alcanzados con el trabajo; en el himno universal que todos los seres entonan en la hora misteriosa en que las primeras sombras de la noche envuelven la llanura y se elevan poco á poco hasta cubrir las altas cumbres. De aquí tal vez, más que de sus condiciones de raza, su pensamiento

hondo, su relativa elevación moral, la energía de sus resoluciones y ese buen sentido que le distingue y del cual tanto debemos esperar.

Yo de mí sé decir, por personal experiencia, que cuando tengo que vestir la toga para defender á un acusado, nunca confío tanto en las resoluciones acertadas del Jurado, que cuando le veo constituido por gente del campo. Paréceme que aquellas conciencias sanas se abren más espontáneamente á la verdad, que las que, sin dejar de serlo, han dado abrigo á prejuicios de escuela.

Pero nuestros campesinos arrastran una penosa existencia, y aunque no se alborotan, ni celebran huelgas, ni reclaman lo que los obreros de las fábricas y manufacturas, la organización del Estado en su propio y exclusivo provecho, ni amenazan la existencia del capital con la inexplicable *revindicación* que aquí ha venido á predicar, no ha mucho, el ciudadano Iglesias, ni aspiran, como este y los suyos, á crear *una nueva Moral y un nuevo Derecho*; aunque no piensan, ni dicen, ni sueñan nada de esto, no por ello hemos de imaginarnos que no necesitan el generoso patronato y la cooperación de las clases directoras. Necesitan medios de ilustración, instituciones de crédito, facilidad y baratura en los transportes, nuevos mercados, alivio en los impuestos y que la ley les facilite la consolidación de los dominios para arribar á la superior condición de propietarios exclusivos de las tierras que cultivan, sin que por esto se entienda, como se ha querido entender, que se han de reducir los medios de relación jurídica entre el capital y el trabajo. Gran parte de las páginas de esta revista deben consagrarse y habrán de consagrarse á tratar esos y otros puntos importantes, que afectan sobremanera al progreso intelectual y material de las clases agrícolas, sin temor á que alguien, desde las alturas de su hidrópica vanidad, nos diga que queremos matar la gallina de los huevos de oro. ¡Buena gallina y buenos huevos! El mal está en que al mísero labrador le queda sólo la cáscara entre las manos.

Los problemas jurídicos, en lo que á la penalidad respecta, interesan hoy vivamente á la opinión general, sobre todo, desde que la escuela antropológica ha venido á remover los fundamentos de la ciencia. Comenzó la nueva escuela por negar el principio de la libertad moral, y, en sus más recientes doctrinas, considera como el ejercicio de un derecho el suicidio.

No hemos de negar, sin embargo, que la escuela antropológica aporta datos, que los legisladores deben tener muy en cuenta, cuando se trate de la reforma de la legislación penal, por que, afirmada y demostrada la existencia de nuevos factores, que cercenan la libre acción del hombre, bien se puede agrandar la serie de las circunstancias atenuantes de la responsabilidad criminal, y aún se debe dejar cierta amplitud al criterio de los Tribunales para la imposición del castigo, dentro de un máximo y un mínimo de penalidad.

Pero de esto, á aceptar de lleno, como sistema de conocimientos, la nueva doctrina que, á nuestro juicio, más que progresiva es reaccionaria, hay inmensa distancia.

Sea de ello lo que quiera, importa que nuestros criminalistas concurren con sus luminosos trabajos á ilustrar, desde las columnas de esta revista, la opinión general, más preocupada hoy que nunca con esa clase de asuntos, dada la intervención directa de la Nación soberana en la administración de la justicia.

No fiamos gran cosa de las leyes represivas para moralizar la sociedad. Si ha de realizarse este fin, son indispensables otros medios. Dice, y dice bien, el insigne Julio Simón: no es el verdugo lo que necesita la humanidad para curarse, es una conciencia.

En la crisis moral que aflige á la sociedad contemporánea, cuantos piensen y sientan como aquel ilustre publicista han de consagrar á tan noble fin su actividad. Mucho, en tal sentido, puede hacer la literatura en sus varias manifestaciones.

La revista reclama el concurso de nuestros literatos, en la confianza de que la novela, el cuento, la poesía influyen poderosamente en la mente y el corazón del pueblo y por modo decisivo.

Nosotros no comprendemos que los que proclaman el arte independiente, lo subordinen á lo inmoral. ¡Brava independencia! Entendemos sí, que el arte debe concurrir á la realización del fin humano, en su esfera propia de acción sin duda, pero en armonía y no en contradicción con los demás factores que al mismo fin concurren. Lo verdadero, lo bello, lo bueno: he ahí el ideal supremo de la vida.

JUAN M. PAZ NOVOA.



PÁGINAS INÉDITAS (1)

I.

BASTA considerar la frecuencia con que se habla de *igualdad*, el calor con que se discute, la multitud de personas que toman parte en la discusión, ó se interesan en ella, la vehemencia con que se ataca y se defiende, la pertinacia con que se afirma ó se niega, la confianza con que se invoca como un medio de salvación, el horror con que se rechaza como una causa de ruina; basta observar estos contrastes no sólo reproducidos sino crecientes, para sospechar que la igualdad no es una de esas ideas fugaces, que pasan con las circunstancias que las han producido, sino que tiene raíces profundas en la naturaleza del hombre, y es, por lo tanto, un elemento poderoso y permanente en las sociedades humanas.

Esta sospecha se confirma, pasando á convencimiento, al ver en la historia la igualdad, luchando con el privilegio,

(1) Tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores la "Introducción," y el "Capítulo primero," de un notabilísimo libro inédito que, con el título *Ensayo sobre la Igualdad*, escribió, ha muchos años, la insigne y venerable publicista gallega D.^a Concepción Arenal. (N. del E.)

vencida, no exterminada, rebelarse, cuando se la creía para siempre bajo el yugo, y existir, sino en realidad, en idea y en esperanza; y, derecho ó aspiración, aparecer en todo pueblo que tiene vigorosos gérmenes de vida.

Aspiración generosa; instinto depravado; deseo razonable; sueño loco, bajo todas estas formas se presenta la igualdad, ya matrona venerable con balanza equitativa, como la justicia, ya furia que agita en sus manos rapaces tea incendiaria. La igualdad en la abyección, la igualdad en el derecho; un populacho vil que quiere pasar sobre todos el nivel de su ignominia; un pueblo digno, que se opone á que la justicia sea privilegio; el pensador, buen amigo de las multitudes, que procura ilustrarlas; el fanático, ó el ambicioso, que las extravía, todos hablan de igualdad, aunque cada uno la comprende de distinta manera.

Esta diferencia en el modo de concebir una misma cosa, se observa en otras muchas, pero tal vez en ninguna es más perceptible que en la igualdad, porque acaso no hay aspiración que tan fácilmente pase de razonable á absurda, cuyos verdaderos límites estén tan expuestos á ser traspasados, que se ramifique y extienda tanto á todas las esferas de la vida, ni que haga tan estrecha alianza con una pasión implacable y sórdida: la envidia.

La envidia enciende sus rencores y destila su veneno en los individuos y en las multitudes que convierten la igualdad en bandera de exterminio, y por eso son éstos tan sordos á veces á la voz de la razón y á las súplicas de la misericordia.

Estudiando la igualdad, no se la ve seguir un curso más ó menos rápido pero regular; su brillo no crece con las luces de la inteligencia; su marcha no es paralela á la del progreso humano; tiene resplandores de relámpago, movimientos vertiginosos, y, á veces, cada paso se asemeja á una erupción. Esto no es decir que carezca de leyes, no; el huracán las tiene, pero es considerar cuán difícil ha de ser la observación de un fenómeno relacionado con tantos otros, y que no puede conocerse bien sino conociéndolos todos.

Mas, aunque sea dificultoso el estudio, parece necesario ó, por lo menos, útil: la igualdad no se invoca ya por unos pocos, sino por el mayor número; no se limita á una ú otra esfera de la vida, pretende invadirlas todas; y sin saber lo que es, ni los obstáculos que halla, ni el modo de vencerlos, quiere suprimir el tiempo necesario, el trabajo indispensa-

ble, y, supliendo la fuerza con la violencia, lograr instantáneamente lo que sólo se realizará en el porvenir, ó lo que no podrá realizarse nunca. Estas aspiraciones las tienen los que sufren con la impaciencia del que padece, con la cólera de quien no encuentra remedio ó alivio que supone fácil y negado por la injusticia y el egoísmo. Y no son cientos, son miles, millones de iras doloridas que piden á la igualdad recursos para su penuria y satisfacciones para su amor propio. Y estos millones de impacientes irritados comunican entre sí, es decir, multiplican su impaciencia y su ira, que, contenida á intervalos y á intervalos desenfrenada, es amenazadora siempre.

Enfrente de los que esperan la igualdad están los que la temen, los que ven en ella una cosa monstruosa, injusta, absurda, un sueño de la fiebre popular, un producto de las malas pasiones de la plebe, ó un medio de explotarlas. Para éstos, la igualdad es sinónimo de *anarquía*, de caos, de degradación, hasta el punto de que *igualarse* viene á ser *rebajarse*, y persona *distinguida* equivale á persona *digna*.

El antagonismo no puede ser más evidente; lo que para éstos es un atentado, para aquéllos es un derecho: aberración para unos, dogma para otros.

Los dogmas se creen; los partidarios de la igualdad, las multitudes al menos, creen en ella, la afirman con la seguridad del que no ha pensado, con la vehemencia del que espera, y, como todo ignorante que se apasiona, están dispuestos á imponer su creencia. El dogmatismo, que suele aplicarse á las cosas espirituales, interviene aquí en las materiales, y no cuenta un reducido número de oráculos en el aula ó en el templo, sino que abre cátedra en plazas y calles, en caminos y veredas. El dogmatismo religioso y filosófico tiene máximas, preceptos, promesas, reglas, y aunque influya en las cosas materiales, no se dirige tan inmediata y directamente á ellas como el dogma de la igualdad. No se trata ya sólo de ser iguales ante Dios, que no hará más distinción que entre justos y pecadores; de ser juzgados por la misma ley penal y de suprimir todo privilegio en la política, sino de promulgar la económica, de modo que desaparezcan las diferencias irritantes en las cosas que interesan más, porque no se da tanta importancia á tener voto en los comicios, como pan y comodidad en casa. La insurrección económica, la huelga, es la más frecuente, casi la única, y manifiesta adónde se quiere aplicar el nivel con más empeño.

Mientras otros dogmas pierden su prestigio, el de la igualdad aumenta el número de prosélitos, y extiende su acción en cada individuo: no hay fenómeno social en que no aparezca su influencia, y es difícil determinar hasta dónde llegará. ¿Quién pone límites á la fe y á la esperanza? Y, no obstante, se comprende la necesidad de ponerlos, cuando la esperanza y la fe no se alimentan de espirituales promesas para la otra vida, sino que quieren realizarse en esta con la posesión inmediata de ventajas positivas y materiales bienes. Y si éstos no se buscan siempre por la persuasión, si se recurre á la fuerza, se comprende la necesidad de evitar en lo posible la fermentación de las impacencias iracundas. Uno de los medios de contenerlas, sería discutir las; citar ante el tribunal de la razón á los contendientes; oírlos con ánimo imparcial; no negar el derecho porque sea nuevo, ni porque sea viejo, sino atendiendo á su justicia; precaverse contra la pasión, que no siempre es vocinglera, contra el egoísmo, que puede ser cínico ó hipócrita; determinar bien los puntos esenciales que se discuten, para quitar al asunto mucha de la vaguedad que hoy tiene; señalar las contradicciones que hayan podido pasar inadvertidas y que son tantas veces causa de choques y conflictos; de este modo contribuir á que en la igualdad se vea un elemento social susceptible de ser analizado, y dar respecto de ella ideas que se razonan, y no opiniones que se imponen: porque conviene advertir que estas opiniones son *de las que se arman*.

II (1)

La idea de *igualdad*, supone la de *diferencia*: sino se hubiera notado cosas y maneras de ser diferentes, no cabía afirmar que las hubiese iguales; no se diría que los hombres lo eran, sino comprendiendo que no siempre lo son ó que pueden dejar de serlo.

Los aficionados á los estudios psicológicos, que tienen por *sucesivos*, fenómenos que tal vez son *simultáneos*, discuten si la noción de igualdad ha seguido ó precedido á la de

(1) Este capítulo, que es el inicial, lleva en la obra de la Sra. Arenal el epígrafe *Nociones generales*. (N. del E.)

diferencia; á nosotros nos basta hacer constar, que si todos los hombres fueran, se creyeran y se sintieran iguales, no se discutiría acerca de la igualdad: viviríamos sin afirmarla ni negarla, sin notarla, no habría de ella idea, como no se tendría de la salud, sino existieran enfermedades, ni se concibiese que nadie pudiera estar enfermo. Anterior, posterior ó simultánea; negación ó afirmación de semejanzas ó diferencias, la igualdad y la desigualdad coexisten en el ánimo de tal manera, que no puede concebirse la una sin la otra, y que el estudio de cualquiera de ellas es el estudio de entrambas.

Si, pues, desde el primer momento que meditamos sobre la igualdad, la vemos que coexiste con la desigualdad, la primera consecuencia que sacaremos, es que entrambas existen necesariamente, que son indestructibles, y que ni el nivel, ni el privilegio pueden ser un medio permanente de establecer la paz y la justicia, porque uno y otro prescinden de la naturaleza de las cosas. Los defensores del privilegio niegan las semejanzas, los niveladores las diferencias, sin ver que unas y otras están probadas por el hecho de tener idea de ellas. Sus clases, grados y resultados darán lugar á discusión y duda; pero que, al menos, quede fuera de ella que la igualdad y la desigualdad se suponen mutuamente, coexisten, son un elemento necesario que se puede modificar, combinar de este ó del otro modo, pero no suprimir, y la razón nos pone á cubierto de radicalismos, que en vez de prescindir de sus pasiones y de sus errores, prescinden de la naturaleza humana.

La igualdad arguye comparación, y la comparación cosas ó personas que han de ser comparadas. Ya se sabe que todo ser es *idéntico* á sí mismo, de modo que cuando se dice *igual*, hay que referirse á *otro*. Igualdad supone pluralidad de personas ó de cosas que no se aíslan, sino que, por el contrario, se aproximan para compararlas. Cierta número de seres, una aproximación suficiente, una comparación de sus cualidades, son condiciones indispensables para afirmar ó negar que hay igualdad: ésta supone, pues, pluralidad, que juzga y resuelve, si algunos, muchos ó todos, de los que la componen, han de equipararse. Por pocos que éstos sean, la igualdad es un fenómeno social, y por groseros que se les considere, la idea de igualdad está precedida de una comparación, de un juicio. En consecuencia, la igualdad, ya se afirme, ya se niegue, no puede considerarse como una cosa aislada. Como quiera que se comprenda el modo de ser de

una persona, no se la *igualada* ó *diferencia* por lo que en ella se observe en absoluto, sino por lo relativo que con otra tenga de común ó diferente.

No siendo la igualdad una cosa individual, tiene más fuerza y menos independencia que si dependiese del individuo: si se conociera mejor, tendría menos osadías y menos desfallecimientos, como una fuerza que no es infinita, ni puede suprimirse.

La igualdad, como aspiración, existe en varios grados y formas, según el pueblo en que aparece y el individuo que á ella aspira; pero en ninguna circunstancia esta aspiración existe sola, sino con otras, ya del individuo que la siente, ya de otros que con él están relacionados. El mismo que desea *igualarse* con los de más arriba quiere *distinguirse* de sus iguales, y se ofende de ser confundido con los inferiores. El espíritu de dominación, tan hostil al de igualdad, coexiste con él y, cuando no hay una fuerza que le sofoque, ó una razón que le enfrene, se rebela: puede verse sus tendencias avasalladoras en el niño que pretende imponer su voluntad, y más, en el loco, que no sólo quiere que prevalezca la suya, sino que con frecuencia se imagina autoridad superior y poder ilimitado y aun sobrenatural. Ciertamente que no puede aplicarse á los hombres cuerdos, sin modificarlas, observaciones hechas en los niños y en los locos, pero conviene tenerlas presentes como datos, porque en el niño están los elementos del hombre, y no ha dejado de serlo el demente, cuyo extravío no consiste en tener elementos psíquicos que falten á los demás, sino en su modo de funcionar desordenado. La frecuencia con que los locos se creen personas muy superiores por sus talentos, riquezas, virtudes ó autoridad, induce á sospechar que existe en el hombre cierta propensión á elevarse sobre los otros, sospecha que raya en convencimiento observándole en todas las épocas de su vida, en todas sus relaciones sociales. Si hay en la naturaleza humana un elemento que impulsa á igualarse, hay otro que compete á distinguirse, como se puede notar que existen á la vez el instinto de mando y el de obediencia. Estos impulsos iniciales pueden y deben constituir una armonía; no se diga que son fatalmente hostiles, pero no se desconozca su antagonismo, y se crea que la igualdad se establece espontáneamente donde quiera que no se contrarían las naturales propensiones del hombre. Este, por el contrario, propende á la desigualdad, por sus vanidades y sus egoísmos, tanto, que,

por distinguirse, sacrifica muchas veces sus intereses, su sosiego, y hasta expone su vida y falta á su deber. Desde la noble emulación que inspira al héroe y al sabio, hasta el bestial arrojo del torero y el artificio costoso de la coqueta elegante, hay un mundo de diferencias, pero se nota un factor, común en la mayor parte de los casos: el deseo de distinguirse; tan fuerte es este deseo, que se mezcla con frecuencia á los motivos nobles del hombre virtuoso, y á los viles del criminal. Seguramente hay servidores y mártires de las grandes causas, en quienes no influye el deseo de distinguirse, pero son excepciones; la regla es que el individuo, siempre que puede, procura hacerse notar por alguna cosa; que, si halla grados establecidos, desea colocarse en los superiores, si conserva su personalidad, y que sólo cuando cree imposible elevarse, pide la nivelación. Hay, pues, que tener presente que, en lo íntimo, existe un impulso contrario á la igualdad: el deseo de distinguirse.

Siendo el hombre un compuesto complicadísimo de elementos, que se combinan de tan diversos modos, no es cosa tan sencilla el estudio de lo que en él y para él signifique la igualdad: puede referirse á la belleza, á la fuerza, á la resistencia, á la posición social, al nacimiento, á la riqueza, á la fama, á la virtud, al valor, á la inteligencia, en fin, á todas las manifestaciones y facultades físicas, morales é intelectuales.

La igualdad y la desigualdad están constituidas por un gran número de igualdades y desigualdades, que modifican y son modificadas. Así como del mismo peso y altura de dos hombres, no se puede inferir su igualdad física, tampoco por ninguna cualidad moral ó aptitud intelectual se puede saber si será lo mismo que otro, que tenga aquella misma aptitud; y como esto sucede, no sólo al comparar un individuo con otro, sino todos entre sí, como hay que ir observando diferencias y *combinaciones de ellas* para conocer igualdades, este conocimiento es muy difícil, y muy común, careciendo de él, resolver como si se tuviera. No es raro discutir ó disputar sobre igualdad, sin saber de cuál se trata, y aun refiriéndose mentalmente á alguna, que no es la defendida por el adversario.

La igualdad tiene profundas raíces en el corazón humano, pero además de que halla otros espontáneos impulsos igualmente arraigados, que la contrarían, ninguna planta vive por la raíz sola. No basta decir que una aspiración es

natural, para que sea realizable, al contrario, el hombre está lleno de aspiraciones, que rara vez ó nunca realiza. No creemos que sean inútiles, no es este el lugar de decir cómo pueden utilizarse, sino de consignar que las aspiraciones no son profecías, ni oráculos, ni derechos, sino impulsos que á veces conviene enfrenar, y siempre dirigir.

Conviene advertir que al decir *natural*, es muy común expresar con una misma palabra cosas distintas. Lo natural del salvaje no lo es del hombre civilizado; lo natural del sabio no es lo del ignorante, y lo natural para el egoista insensible es preternatural para el bondadoso, lleno de abnegación: apréciense, pues, los impulsos naturales, como datos, pero no como argumentos concluyentes.

CONCEPCIÓN ARENAL.





¡MAIS BONIT' HE LIDÓN!

I.

No todo es igualmente hermoso en nuestra bella Galicia. ¡Qué tierra hay que no tenga su árido desierto, ni alma exenta de pesares! ¡Sin aquella nota fea, no sabríamos qué es un valle hermoso, hermoso como nuestros valles, y, sin dicho sentimiento triste, desconoceríamos lo que vale la alegría, la de la joven—por ejemplo—que recibe la primera carta de amor!

¡Lidón!.... En la cúspide del alto Barbanza, allá arriba cerca del cielo y más lejos de la tierra, porque no es tierra habitable aquélla de Lidón; sin comunicarse con el mundo por ningún lado, si no es por el intermedio del sol, durante el día, y de la luna y las estrellas, por la noche; enderredor, tojos á lo lejos y *carqueixas* en las inmediaciones, estas miseras plantas que en Lidón dejan al descubierto un pedregoso terreno, como el cabello enrarecido las postillas del tiñoso; sin otro rúfido en aquellos aires que el del cercano toro, ó el del lobo que, desde lejos, husmea su presa, y casi nun-

ca el canto del pajarillo, porque éste no tiene en aquel páramo donde anidar, ó, á lo más, el canto de la calandria, que asciende en los aires, y dice á los de Lidón que un poco más arriba está el cielo; sin otra producción que la de un raquítico maíz, si lluvioso el estío no lo destruye, y la de un centeno *mirrado* y sin harinas.... Allí, en aquella altura de Barbanza, está Lidón y no lejos de él sus hermanas de destierro Noceda y Sabucedá.

Los castigados con este purgatorio del mundo tienen lejos la iglesia de su parroquia, é ignoro si oyen misa los domingos y fiestas de guardar: entera, al menos, será pocas veces. Pero sé que ninguna otra cosa llama su atención, ni de ella se cuidan por lo tanto, más allá de sus casas y breñales. Las contribuciones, esta pesadilla de nuestras aldeas, cuentan siempre con no pagarlas, y si algún diligente ejecutor procura lo contrario, y llega á realizar embargos, esté seguro de que no han de tener licitadores los bienes embargados. Aunque malos estos bienes, son de foro, pero sus colonos los poseen en pleno dominio: no pagan el canon anual, como no pagan la contribución. ¡Cómo se reiría el viejo *Lourenzo*, si llegara á saber que en el mundo se discute hoy acerca de la redención forzosa de los foros! Diría él y diría bien:—*Esa ley hay moito tempo que nosoutros, os de Lidón, a fixemos pra noso goberno!*—Porque....¡si es el único punto quizá, este de Lidón, á donde no quieren ir los escribanos de Noya, seguros de que allí son infructíferos sus trabajos!

II.

Mi amigo don A. C., un experto abogado de Noya y, en otros tiempos, cazador con buen ojo, llegaba al amanecer de un hermoso día de primavera, á Lidón, desde cuyo punto pensaba emprender sus correrías en persecución de los bandos de perdices. Frente á la puerta de una de las dos únicas casas que en Lidón había, estaba sentado al sol el viejo *Lourenzo*, apoyadas las dos manos en un palo de tojo y sobre las manos la canosa barba.

—¡Hola, buen hombre, ¿qué hace V. ahí?

Levantó á medias el viejo la cabeza, no de frente, un po-

co de lado y no lo bastante para ver al que le hablaba, y levantó un poco los ojos, además, para verle. Después de mirarle fijamente, por breve rato, dice:

—Pois, ben-o ve: tom'o sol, que he cousa que vosté non pode cazar e levarnos pra Noya, como nos lev'as perdices.

—Está V. de mal humor.... Tome: haga un cigarro y fume.... ¿Fuma V?

—Non sempre, porqu' os cigarros están longe e mais longe aind' os cartos pra mercaos. So-o papel non falta, porque n-esta terra fumamos follatos do millo.

—Son ustedes pocos los vecinos de esta aldea.

—Pois mire, que d'eles sobra un.

—Pero ¿cómo es eso?

—¡Com' ha de ser! O que se recolle derradeiro, po-la noite, apedreall'a casa ó viciño: o meu fillo, hoxe, e-o meu neto á ese bribón qu' alí está, mañan él á nos. Eu ja-stou vello, ja non podo c-os calzons, nen c-os osos, e deixoll' á eles o meu fill' e-o neto, que se defendan.

—Pero, hombre, eso es horrible.

—¡Eh!..... Tampouco lle temos outra divirsión.

—¿Y su nieto está en casa?... Será un chico listo.

—Po-lo menos tanto com' os de Noya.

—¡Hola! sabe V. que los de Noya son listos.

—E eso que nunc' os vin, nen falta teño, pro n-he lerd' o que non veu á Lidón.... Unha ves veu un iscribano de Noya e.... non volveu á vir.

—¿Pues qué le han hecho ustedes?....

—Falaba vosté do rapás, s' era espabilado.

—Sí, porque deseaba llevarle conmigo para que me enseñara el sitio de algún bando de perdices.

—Por mín, dijo el viejo, encogiéndose de hombros,—alá él.... Jan, Janiño, ven acá.

Dos seres hay, que se parecen mucho, en nuestras montañas, tanto en Jallas como en Lidón: el hombre y el caballo; sobre todo por el pelo, obscuro el del fondo y de color entre rubio y amarillento el de la superficie, lanudo éste, además. Juan era uno de estos seres, el joven de Lidón, con largas guedejas desgreñadas, que le cubrían la frente, y con alma como el alma de su abuelo. Porque ésta se adapta menos al ambiente de las montañas.

—¿Quieres venir conmigo á cazar perdices?

—Eu....se meu abó quer....

—¡Sabe V. que me gusta su nieto, y de buena gana le lle-

varía para mi casa, si V. quisiera!... Mira, chico, allí comerás pan de trigo, tomarás cerezas, dentro de pocos días, jugarás con mis niños y... vamos, animate. ¡Si vieras el mar de Noya... aquellos barcos cuando vienen de pescar! Ea, vente conmigo.

—Vosté—dice el viejo,—ainda sab' algo, pro esquéncell' o refrán dos vellos: *qu' o home onde nace e-o boy onde pace*. Millor que Noya eran-as vilas por ond' eu anduven d' asistente do meu cronel, cando fun soldado, e deixeiño todo por Lidón. Jan non s' afaría en Noya.

—¡Hombre, quién sabe!

—Bueno, por min que vaya: pouco se perd' en ir e volver.... ¿Ti quéis ir, rapás?

—Eu.... ó que vos queirás.

III.

A la Chainza, un hermoso arrabal de Noya, le rodean por un lado las campiñas del Obre, á cuya parroquia aquélla pertenece, y la de Argalo, y por el otro, la ría, una pequeña ría semicircular, que saluda arrodillada á todas las casas de la Chainza. Muchos árboles allí, enderredor de las casas, y, en el centro del arrabal, al lado de la fuente, *o Carballo da Chainza*, este alcahuete de las mil y mil murmuraciones que, bajo sus extensas ramas, se escuchan cada día. De él se dice que es el punto de cita, de citas amorosas también, pero sobre todo de las *brujas* y *meigas* la noche de San Juan, llegadas á este sitio, para sus conferencias internacionales, montadas en sendos mangos de escoba.

El *Carballo da Chainza* es el *árbol de Guernica* de las brujas y gente murmuradora de Noya, y de él se canta la siguiente copla del país:

O Carballo de Chainza
Ten-a folla ribirada,
Que lla rivirou o vento
Unha mañan de xiada.

Janiño, que así llamaban los hijos de don A. C. al hijo de Lidón, vino á vivir á la Chainza, en un mundo nuevo, que ni soñar podía en su aldea.

Al principio, todo era curiosidad para él: la casa en que habitaba y el cuidado para conservarla limpia; aquellos cuadros y espejos; la comida y manera de servirla; sobre todo, que el servicio de mesa se lavara tantas veces, y que las gentes se lavaran también, una vez al día por lo menos. En la primera ocasión que tuvo de ir á la Villa, todo él era ojos para mirar aquellas tiendas llenas de chucherías, aquellas calles medianamente barridas y en las cuales veíanse multitud de niños que se burlaban del de Lidón, y á los que daría éste de buena gana unas *morradas*, si el miedo á lo que podría venir después no se lo impidiera. Oyendo misa en San Martín, misa de función, escuchaba con la *boca abierta* el órgano, una música que *Faniño* oía por primera vez.

Nada le faltaba en su nueva vida al hijo de las montañas, ni el cariño de sus amos, ni el de los hijos de éstos, que jugaban con *Faniño* á cada momento. Así y todo, no estaba satisfecho de su nueva existencia y echaba de menos aquella vida siempre igual, pero libre, como la calandria, de Lidón, y que hasta entonces había disfrutado. Cada vez más triste, huía de la gente, hasta de los niños de don A. C., que en vano le llamaban para jugar en el *Secadero* (1): comía poco y menos de día en día, y era su afán estar solo y llorar en cualquier rincón.

—¿Qué tienes, *Faniño*; por qué lloras?—le decía don A. C.

—¡Non teño nada.... non choro....!

—Vamos, dime la verdad, ¿no estás contento aquí?

—¡Sí, estou contento.... pero....!

—¿Pero qué?

—¡Acórdome....!

—¿De qué te acuerdas?

—¡Acórdome.... de Lidón.... teño soidades!!

Y rompió á llorar, á llorar un mar de lágrimas.

A los pocos días de esta escena, un domingo, se celebraba una de las dos ferias mensuales de Noya. A *Faniño* le mandaron sus amos á oír misa de once á *Santa María a no-va*, á la hora en que, por el Puente de Noya, más gente concurría á la feria, por este viejo puente de *catorce ojos*, el mismo que *Faniño* recorría para ir á misa. Muy triste, casi llorando, preguntaba á todos los que pasaban por allí:

—¿Viñestes por Lidón?

Pero nadie hacía caso de sus preguntas, hasta que, por fin, llega un su vecino de Lidón y una hija de éste, joven de

(1) Uno de los departamentos de la Fábrica de Curtidos de dicho señor.

estrecha y muy corta ropa. Al verlos, se echa al cuello de ambos *Faniño* y exclama:

—¡Ay, meu tío, levame d' aquí...! ¡Carmeliña, levame contigo pra Lidón!

—¡*Faniño*!—Exclaman, á su vez, padre é hija... ¿Pero por qué choras?

—¡Quer' ir pra Lidón!

—¡Ahí está—dice el padre,—cousas de teu pai e de teu abó, d' aqueles bribons..... ben podían saber qu' as *soidades* matan... Así dio-los presigue. Dende que te viñeste, morreull' a cucha; doull' o aldrupio á tua nai, que pouco n-ela se perde, e teu abó carran carran, case toda-las tardes, ó poñers' o sol, sob' ó alto do monte e mira pra Noya...! ¡Deijoute vir e agora acórdase de tí...! ¡S' aquella gente n' he gente, nen ten concencia de cristianos!

—¡Pro vos levasme...!

—Non, non che levo, que non quero que dig' o pillo de teu pai..... Pro deija que ja Carmel' os avisará, que che veñan á buscar, se non queren dimpois levar os teus osos!

IV.

Una tarde del mes de Junio, cuando numerosas lanchas de pesca surcaban la ría de Noya hacia su muelle del *Puxilgo*, aquella apacible ría, un lecho de agua en el cual se acuestan y besan cariñosamente el Tambre y el Traba, y cuyas márgenes alfombradas de verdura, aromatizado el ambiente por la brea del melancólico pino, las forman, de un lado, el laborioso San Cosme, Róo y el Freijo, y del otro, Argalo, el Obre, Boa y Miñortos; en una hermosa tarde de Junio, hacia los comienzos del Barbanza, hacia las alturas de la Baya, en cuyo Páramo está la notabilísima *mamoa* descrita por Murguía, subían un semianciano y un joven que, caminando más á prisa, llevaba á aquél no poca delantera. Eran el padre de *Faniño* y su hijo.

—Desde dichas alturas, la vista de Noya y sus campiñas es encantadora, superior á cuanto en el género puede imaginarse. A medida que más se asciende en el empinado Barbanza, el bello panorama se dilata, realizado, además, con las

nuevas vistas que á uno y otro lado se descubren: Argalo, á la derecha, y Tállara á la izquierda, aquel Tállara donde está la aldea de mis recuerdos, el pequeño Vilar, siempre el mismo para mí, si en él estuviese todavía mi madre.

El padre de *Faniño*, que nunca había salido de Lidón, no se cansaba de volver la vista atrás, ni de inclinarla á los lados, sorprendido por tantas cosas juntas y hermosas, que en Lidón no existen. Retrasaba, por esta razón, el paso, y á cada uno que daba, decía:

—¡Qué bonit' he esto!

Entre tanto, *Faniño* corría, corría cada vez más, y era de creer, notando la distancia que de su padre le separaba, que en los talones de los pies llevaba alas. Ni una sola vez volvió atrás la mirada, ni hacia otra parte, y corriendo, corriendo siempre, sólo mostraba empeño de dejar á su espalda el camino que le separaba de Lidón. Llegando ya á lo más alto de Barbanza; rendido de fatiga y cubierto de sudor, parose al fin, parose de pronto, como si todos sus afanes estuviesen satisfechos: veía á Lidón.

Alcánzale, á la postre, su padre, que, mirando siempre á una y otra parte, con el empeño de quien se recrea por última vez con estas cosas, exclama de nuevo, al llegar al lado de su hijo:

—¡Que bonit' he esto!

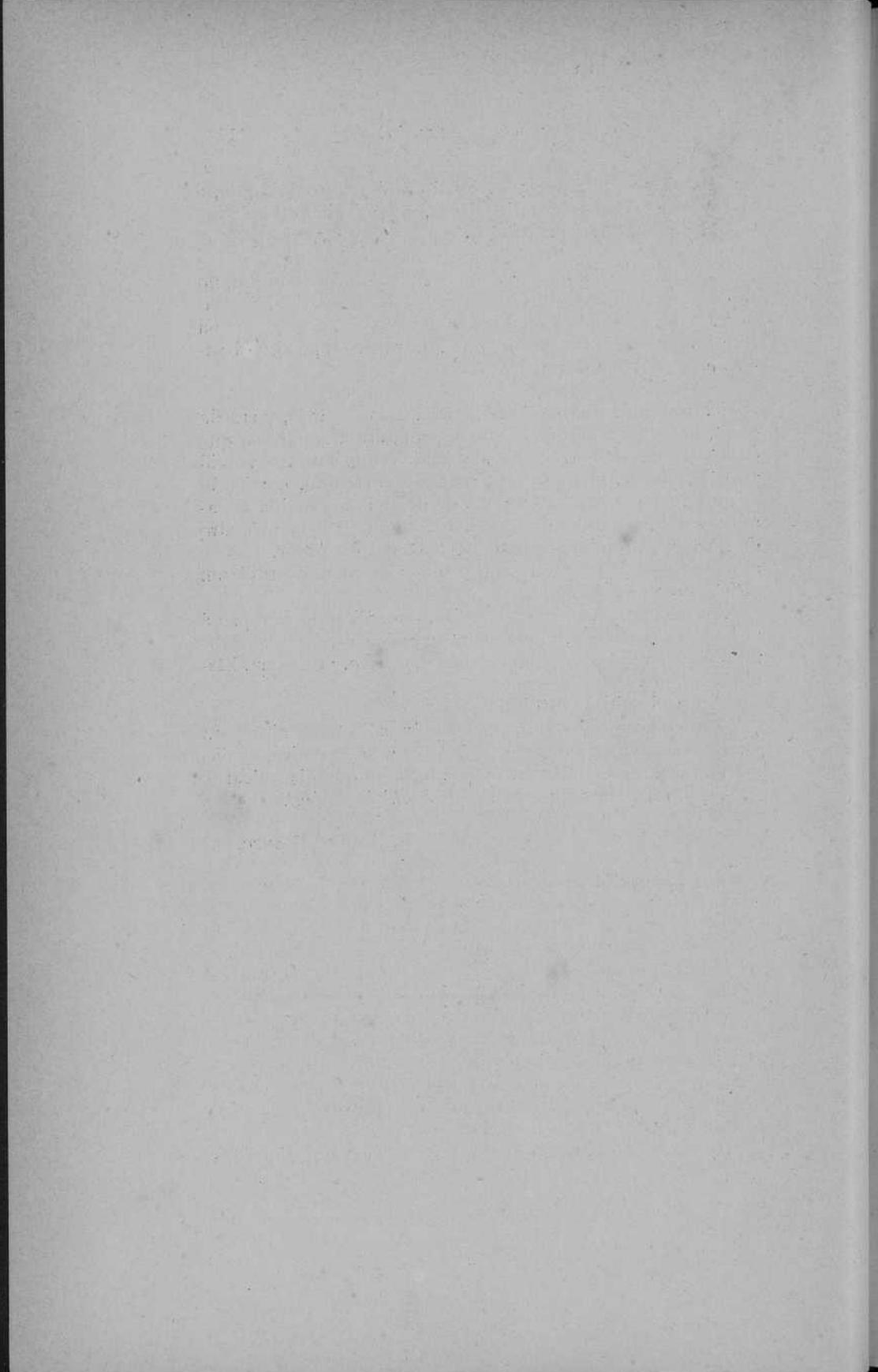
Faniño no miraba sino para Lidón, sólo tenía ojos para mirar á este sitio, y, al oír la exclamación de su padre, exclama también, extendidas las manos hacia la querida aldea:

—¡Si, será bonito, pero.... *mais bonit' he Lidón!!*

F. ROMERO BLANCO.

Santiago, Junio de 1892.







GALLEGOS LUCENSES Y BRACARENSES

I

LA lectura del epígrafe de este artículo quizá sugiera la idea de prepararse á resistir un derroche de erudición. Se equivoca quien tal sospeche, porque mi propósito es presentar un hecho de actualidad, investigado, no en los archivos, sino en la vida de nuestros contemporáneos, aunque, en último término, conduzca á patentizar la supervivencia de la antigua división de Galicia. Mucho importa conocer los caracteres de las unidades regionales que, coexistiendo en las complejas agrupaciones de los grandes Estados modernos, perseveran con fisonomía propia, protestando tenazmente de la acción niveladora de las rasantes administrativas y legislativas; pero no importa menos, como dato sociológico, precisar las interiores diferencias de cada uno de los grupos, á la manera que el naturalista no termina su tarea, hasta haber caracterizado las especies, como límite de la escala jerárquica de clasificación.

En los organismos, ya naturales, ya sociales, persisten

las huellas de sus predecesores en los caminos de la vida, como en los pueblos, que un tiempo sufrieron el yugo de la tiranía, que, aun después de emancipados, revelan en su conducta los vicios adquiridos en la violenta adaptación al pasado régimen.

Esta persistencia de los antecedentes en cuanto vive, aumenta los medios de investigar lo pasado, y todos se utilizan en las investigaciones históricas y en las científicas para ilustrar y completar los procesos de evolución, como lo demuestra la Biología, constituida por la serie *filogénica* de los datos paleontológicos archivados en las sucesivas capas del planeta y por la serie *ontogénica* que, en el desarrollo embriológico, resume en brevísimo plazo y á nuestra vista las fases de aquélla, mostrándonos, como en cifra y compendio en el proceso de cada uno de los actuales organismos, la grandiosa historia de la Creación.

II

Aceptado el método que se propone el conocimiento de lo pasado, sorprendiendo sus revelaciones en lo presente, antes de presentar los datos, que están hoy al alcance de todo observador, publicando con voces, aunque lejanas, perceptibles, la antigua división de Galicia, indicaremos cual fué ésta, según la historia la consigna.

La región situada al noroeste de nuestra Península, la que puede llamarse Galicia romana, estaba distribuida en tres Conventos jurídicos: *asturicense*, *lucense* y *bracarense*, lo cual, traducido á nuestro lenguaje actual, para mejor inteligencia, puede expresarse diciendo, que Galicia, durante el Imperio romano, comprendía tres provincias, cuyas capitales respectivas eran Astorga (*Asturica augusta*) Lugo (*Lucus Augusti*) y Braga (*Bracara augusta*.)

Al establecerse los suevos en esta antigua región, vivieron siempre bajo la amenaza del afán invasor de los godos, codiciosos de someter á su dominio toda la Península, y estos afanes tuvieron violenta explosión á orillas del Órbigo de resultados funestos para el monarca suevo Reckiar. El ejército vencido tuvo que resignarse á la ocupación de la

comarca asturicense por los godos vencedores, pérdida, que en cierto modo, era forzoso resultado de una anomalía original.

Astorga tiene su emplazamiento en la cuenca del Duero, á espaldas de la del Miño: como atalaya de la extensa meseta terciaria, que se dilata desde las estribaciones de los montes astur-galaicos, domina y registra la monótona y feraz Tierra de Campos, pero nada divisa de los frondosos valles que recortan las cadenas de montañas de la zona cántabro-oceánica, y era lógico que, al primer golpe, se quebrase esta agrupación heterogénea, satisfaciendo las naturales exigencias de las afinidades geográficas. Sin embargo, para decir toda la verdad, es menester consignar que la geografía política, con la complicidad de los siglos, puede atenuar considerablemente las diferencias naturales con la unidad del régimen social, y, por este procedimiento, la región asturicense se había identificado con la lucense y bracarense; y aun hoy se observan indicios de la antigua comunidad de su vida, sobre todo en ciertos casos de *atavismo*, entre los cuales descuella el Director de esta revista y de la *Biblioteca Gallega*, nuestro paisano por adopción, el señor Martínez Salazar, á quien Astorga, lugar de su nacimiento, parece que diputó como singular representante de su antigua fraternidad con la Galicia actual.

Después de la batalla del Órbigo, quedó el mermado reino de los suevos padeciendo los males, que con mano pródiga siembra la discordia, y al punto estalló la división, erigiéndose las regiones lucense y bracarense en reinos independientes, patentizando que los conventos jurídicos de la pasada dominación romana aun subsistían en la conciencia de sus respectivos habitantes, sin que el reinado de los suevos hubiese borrado el recuerdo de las anteriores diferencias.

El ambicioso Leovigildo realizó, al fin, la aspiración de sus antecesores: la monarquía visigoda redujo á Galicia á su dominio, y desde este momento no interesa á nuestro propósito seguir las vicisitudes históricas que moldearon la vida social y política de la región galaica. Prescindiendo de la invasión de los árabes, del origen de la monarquía portuguesa, y de cuantos sucesos nos trajeron al estado actual, coloquémonos en éste, para investigar la supervivencia de lo anejo en lo contemporáneo.

III

Quizá hostigados por la penuria de su vida, quizá por instinto de raza, ó por ambas cosas, que yo no me atrevo á fallar este litigio, los gallegos emigran en enormes masas, viajando ya por mar, ya por tierra. Prescindiendo de las gentes cultas que, con independencia de las fuerzas tradicionales, acuden á donde las llaman sus peculiares intereses, los campesinos y los obreros, en cuyos espíritus, apenas influidos por acciones extrañas, perseveran los antecedentes de la vida regional, emigran por dos vías distintas.

El catedrático de Anatomía de la Universidad de Madrid, D. Federico Oloriz, dedicado, hace años, á investigaciones antropológicas, recoge entre los infelices que fallecen en el Hospital General los datos para el diseño del mapa antropológico, que tiene á punto de terminar, y, en la parte que á Galicia se refiere, ha encontrado cuantos ejemplares ha querido procedentes de la provincia de Lugo; pero las dificultades para completar su colección han ido en aumento respecto á las otras provincias, hasta el extremo que la de Pontevedra apenas proporcionó el número imprescindible para su característica craneométrica.

En cambio, el viajero que tome nota de los varios factores que constituyen la población de Portugal, registrará también gran número de gallegos, pero de éstos, el *máximum* procede de la provincia de Pontevedra y el *mínimum* de la de Lugo, procedencias que estan exactamente en razón inversa de las observadas en la colonia gallega de Madrid, que vive dedicada á oficios mecánicos. Un Oloriz portugués, que intentase diseñar el mapa antropológico de nuestra región, difícilmente encontraría en su país ejemplares de la provincia de Lugo, pero la de Pontevedra se los daría muy suficientes. Este hecho puede confirmarse, aun sin salir de Galicia, visitando los pueblecillos de Puente Sampayo, Redondela, el Porriño y los circunvecinos, en cuyos estancos los *sellos de diez céntimos* se venden con el nombre de *sellos para Portugal*, creyendo los aldeanos de estas comarcas, que fueron timbrados con el propósito exclusivo de comunicarnos con el vecino reino.

Pero aún hay más. Esta doble vía de la emigración galle-

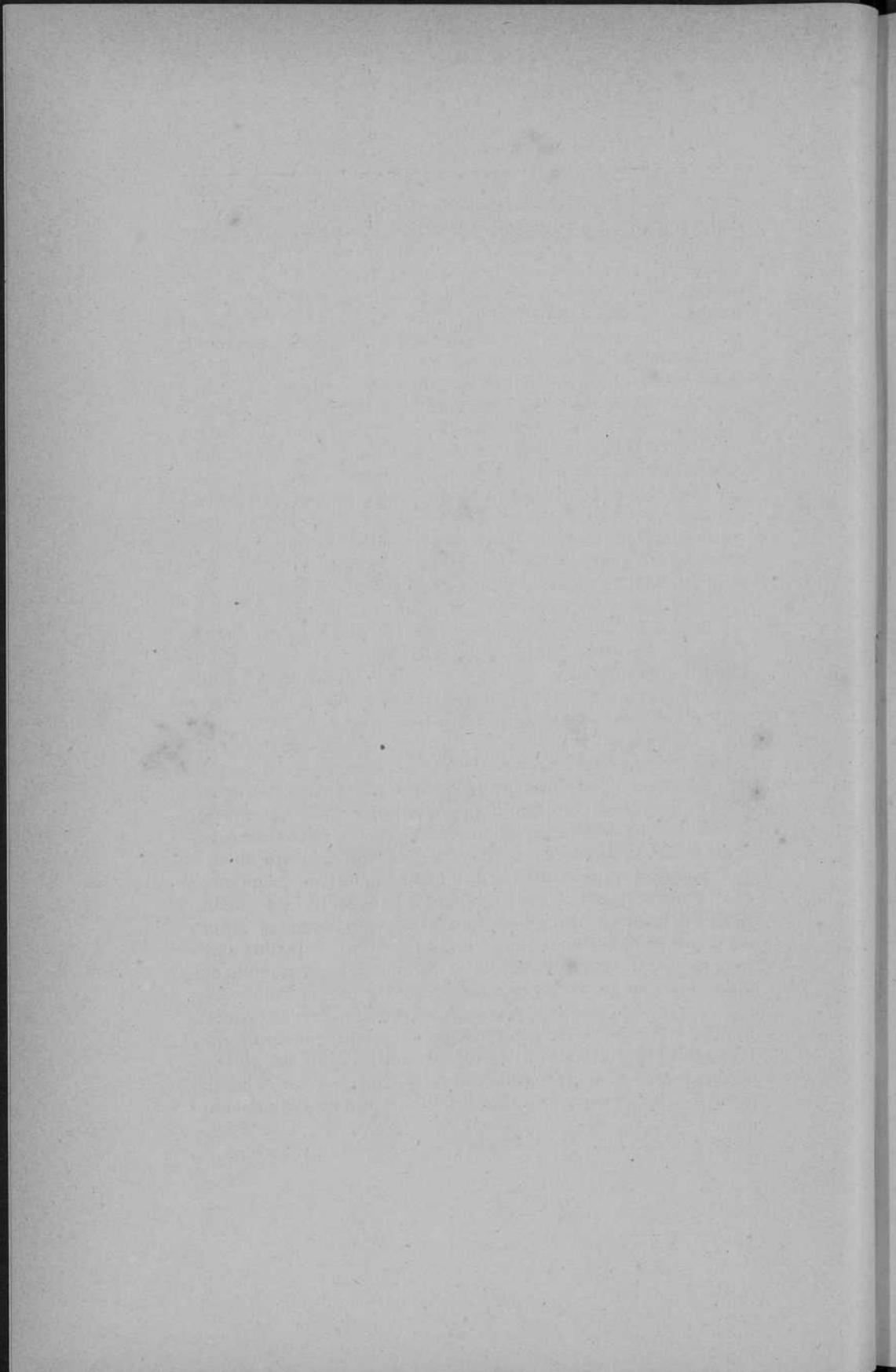
ga persiste sobre el Océano, dando curso separadamente á los emigrantes de las anteriores procedencias. El mayor número de cartas, que con destino á Ultramar se escriben en las aldeas de la provincia de Pontevedra, van dirigidas al Brasil, es decir, á la América portuguesa, mientras que la correspondencia análoga de las otras provincias de Galicia busca, á los que de ellas emigraron, en la América española.

Resulta de estos hechos que las provincias de Lugo y Pontevedra están solicitadas por diversos centros de atracción: Castilla y Portugal; diferencia que coincide, en los términos en que se presenta, con la antigua división de Galicia en lucense y bracarense. Las vías romanas, que arrancaban de las capitales de los Conventos jurídicos, están hoy ocultas bajo el sedimento histórico, formado por el detritus de los siglos; el erudito, repitiendo excavaciones, quizá logre reproducir su trazado; pero la tradición popular sabe su curso, y las gentes que en ella se inspiran, lo siguen con toda fidelidad, guiándose por las pisadas que en el suelo dejaron impresas las generaciones anteriores.

En un discurso académico dijo D. Eduardo Saavedra: "nuestros hermanos del Noroeste tienen en la historia contemporánea marcado un papel noble y patriótico, el de acercar con lazos de simpatía los dos reinos, por nuestro mal divididos, y hacer que su frontera, según expresión muy reciente de un publicista portugués, sea línea divisoria á través de la cual se estrechen manos amigas, y no barrera de aislamiento por donde crucen sólo las balas." Esta misión diplomática creo que puede cumplirla Galicia, aún por modo más perfecto que el imaginado por nuestro semipaisano el señor Saavedra, merced á su doble aspecto lucense y bracarense, dando, no las dos manos á Portugal, en cuyo caso tendría que volver la espalda á Castilla, sino una al primero y otra á la segunda, y así, sin violentarse en su natural posición, servir de nexo á las dos tierras peninsulares que, mediante este rodeo, podrán comunicarse atenuando sus diferencias en las zonas intermedias de la región gallega.

A esta obra de aproximación é inteligencia aún puede ayudar el recuerdo de los antiguos Conventos jurídicos, patentizando tan inesperado ejemplo, cuan perjudicial, además de injusto, es el apetito violento de borrar los antecedentes históricos que produjeron los peculiares matices de la vida regional.

JOSÉ R. CARRACIDO.





LA FORTUNA

No parece sino que un ángel avisa á la Sra. Nicolasa, cuando va á amanecer. Por que antes de que Dios abra el día, ya se levanta silenciosamente, busca á tientas la ropa, enciende el candil de hoja de lata, y á su claridad rojiza y escasa—pues el diablo de candil aquél tiene más clavo que llama, y da más humo que luz,—dirígese á la pequeña cocina, y comienza á encender el fuego; apila ramitas secas, y dos ó tres troncos de tojo, ya quemado, de entre los cuales se levanta poco á poco, primero, una densa columna de humo, y después, un menguado y desigual penacho de llamas; al calor acude, para calentarse, el gato gris, atigrado, de cabeza grande y ojos saltones, que maya dulcemente, mirando á su ama, mientras ésta arrima al fuego el negro pucherete, lleno de caldo, que ha de servir de desayuno á la familia. La cocina está llena de humo é impregnada del olor acre de la leña húmeda, y de aquel punzante perfume de desaseo y de miseria, que llena la casa. Para purificar el am-

biente, abre la Sra. Nicolasa su ventana, de par en par, y por ella entran, á la vez, la luz gris y cansada de un tristísimo amanecer de invierno, y el fresco sano que se levanta del valle húmedo, verde y silencioso, cerrado por una línea de monte suavemente ondulado, y envuelto en un sudario de brumas pesadas, que destilan impalpable y tamizada lluvia. Acude luego á despertar á su marido, á su hijo pequeño,—un mozo de diez años, aprendiz de zapatero—y á su hija, que *va á las casas* á coser. La Sra. Nicolasa, á todos atiende, de todos cuida; y cuando todos se levantan, ya ha vuelto ella de la fuente, cargada con una sella de agua, única cosa limpia entre todas las que componen el mueblaje de aquella cocina negrísima. Poco tiempo después, aparece en ella el marido, Sr. Manuel, vestido de albañil, cubierta su cabeza con un sombrero redondo lleno de pegotes de cal; muestra ceñudo el rostro cetrino, de mirada inexpresiva, y adornado con un espeso bigote negro, por debajo del cual enseña los dientes negríssimos y carcomidos, gracias á una especial contracción de los labios, que hace á cada momento sin darse cuenta. Los dos cónyuges cambian impresiones. El marido va hoy á la casa nueva del Sr. Romo, y la mujer ha sido llamada para fregar la del *Chiscás*, aquel pillo á quien el amo despidiera por no pagar los alquileres. Ya estaba alquilada de nuevo, y había que fregarla bien, para que el nuevo vecino la recibiera limpia.

—Escucha, Nicolasa,—decía el marido, hablando á gritos.—¿No te acuerdas de cómo todos decían que el padre del *Chiscás* tenía un *peto* escondido?

La Sra. Nicolasa estaba soplando el fuego, muy inclinada hacia adelante, con las manos apoyadas en la vieja piedra del hogar, remangados los brazos morenos y sarmentosos, cayéndole las greñas, mal peinadas, sobre el rostro inflado por el soplar, moreno, flaco y duro. Levantóse, puesta en jarras, para contestar á su marido, con voz indiferente y baja:

—Sí: por más que no debe ser cierto; por que, con las hambres que pasaba el pillo del hijo, habrá revuelto Roma con Santiago: ¡y cuando no lo ha encontrado!

El Sr. Manuel comenzó á liar un cigarro, mientras, sin hacer ruido, por detrás de él, entraba silenciosamente en la cocina su hijo, el aprendiz de zapatero, un angelote hermosísimo, fornido, vestido con ropas destrozadas, sucio hasta lo inverosímil, moreno, con rizadas crenchas castañas, que

se escapaban por debajo de una puerquísima gorrilla, y con cierta expresión de indiferencia estúpida en el mirar vago de sus grandes ojos y en la torpeza de sus movimientos desmañados. El Sr. Manuel gritaba á su mujer:

—Pues... ¡no pienses! ayer, cuando estuve blanqueando, golpeaba las paredes para ver si en alguna parte sonaba á hueco... y

En aquel momento, volviéndose, vió á su hijo y le dijo con su voz natural, pero con gran aspereza:

—¡Ya estás ahí? ¡Cazurro! ¡Dí buenos días!... Te he de clavar esa gorra con un clavo en la cabeza, para que la lles bien sujeta!

Nicolasa entendió, por los ademanes, lo que sucedía, y miró á su hijo con una mirada lenta, que se detuvo con placer en cada una de las facciones del angelón aquél. Para que el regaño no pasara á mayores, atravesó por entre ambos, al ir á coger las tazas de loza en que darles el caldo. Por su hija no se inquietaba. Sabía que se estaba peinando y rizando el flequillo. El desayuno se lo serviría por sí misma después.

Mientras los hombres comenzaban á desayunarse, Nicolasa tomó su caldo á toda prisa, cogió una sella vacía, un cubo lleno de trapos, y una escoba: dijo adiós á sus hombres con un

—Hasta después, si Dios quiere

Y salió á la calle, como mujer hacendosa y madrugadora, que va á trabajar, descalza, vestida de percales descoloridos, cargada con sus bártulos, desgredada y puerca; pero resignada á su trabajo, á su miseria, á su fatigosa existencia de esclava mal alimentada y peor vestida. El ambiente matinal y la finísima y tamizada lluvia la envolvieron en una ola de frescor. Iba cerca, dos ó tres casas más allá. Persignóse, metiendo para ello la escoba bajo el brazo, y anduvo sobre el lodo por la acera de aquella carreterra sucia, flanqueada de casuchos negruzcos, monótonos, deformes, entristecidos por la pesadez melancólica del día gris. Allá abajo, en el fondo, el casco de la ciudad se le presentaba como un montón de construcciones apoyadas unas sobre otras, como un pelotón de decrepitos, que mutuamente se sostienen y apoyan para que no los deshaga la lluvia.

Llegó á la desierta casa que iba á fregar, abrió con llave, y se coló en ella en derecha á la cocina, para comenzar el fregado por allí. Volvió á salir para traer una sella de agua, (la segunda con que cargaba aquel día) y se puso á su faena, no sin santiguarse antes. La cocina olía á cal fresca, que su

marido había dado el día anterior, y esta blancura, mate y fría, contrastaba poderosamente con lo mugriento y astroso de los pisos, puertas y ventanas. Veíase bien que en tal casa habían vivido la miseria y la holgazanería, y Nicolasa pensó en *Chiscás*, (valiente pillo) y pensó en que bien empleadas le estaban sus desdichas, ya que había sido tan tunante toda su vida, que había matado á pesadumbres á su viejo padre, por ver de encontrar el *peto* de que las comadres hablaban, y á palos á su mujer, una chica de San Lorenzo, descarada, eso sí, pero limpia como los chorros del oro.

Aquella cocina tenía fogón de ladrillos blancos, construido por *Chiscás* el viejo, que había viajado mucho y tenía la costumbre de guisarse por sí mismo la comida. Nicolasa rascaba estos ladrillos con una navaja, para quitarles los chorretes y pegotes de cal, aún tierna, caída de la brocha del señor Manuel, el día anterior. Rascaba y más rascaba, con ahinco tenaz, cuando la navaja tropezó en la juntura de dos ladrillos, dejando uno de ellos algo separado de la pared.—¿Cómo (pensó Nicolasa) no habrá visto esto mi hombre, para componerlo?—Y, sin trabajo grande, quitó el ladrillo de su sitio, por que, si caía sobre el fogón, se podía romper. Pero apenas lo había quitado, por poco lo deja caer ella misma.—¿Qué diablos es esto?—El ladrillo había dejado al descubierto un nicho profundo, cuadrado, obscuro... El misterio estaba allí, seguramente. El secreto del viejo *Chiscás* lo tenía la Sra. Nicolasa.... ¿pero, cómo el pillo del hijo, viviendo en la casa, no había podido dar con él?

Y aquí la señora Nicolasa tembló con todo su cuerpo.—La cogerían en el robo, la prenderían, la llevarían á la cárcel por ladrona!—Fuése sigilosamente á la sala de la casa, abrió la ventana, miró á la carretera para ver cómo los agentes de orden público vendrían ya corriendo, jadeantes, á prenderla, y vió la carretera sosegada y llena de barro, las casas de una y otra acera dormidas bajo la lluvia tenaz y mansísima, y allá algo á la derecha, en el ensanche circular de la carretera, que le sirve de atrio, la capilla con su frontis de piedra, sus dos robustas pilastras, su puerta pintada de verde, y su torrecilla cuadrada, en la cual están las campanitas inmóviles.... Los escasos transeuntes pasan, malhumorados, por una y otra acera, bajando la cabeza ante la lluvia pertinaz..... Algunas lecheras aldeanas, caladas, pregonan su mercancía con un grito agudo, mientras balancean el cántaro que llevan colgado de la mano.—Más tranquila

la señora Nicolasa, aunque siempre con gran susto, tornó á la cocina, poseída de una mortal curiosidad de ver el tesoro. Metió la mano en el agujero, tentó un asa, tiró de ella, y sacó á luz, no sin trabajo, un pesado cofrecillo de hoja de lata, de los que se usan para guardar azucarillos, presa con una gota de estaño la hebilla metálica que lo cerraba. Hizo saltar ésta con su fuerte navajita, abriólo, levantó una almohadilla de trapo.....—y quedó pasmada.—Oro, oro, oro, mucho oro, muchísimo oro, en montón, revueltas las monedas de diferentes tamaños..... mohosas, de brillo pálido.....—Iría á la cárcel. Eran muchos miles. La ahorcarían en el Campo de Santa Isabel.

Nicolasa tembló de pies á cabeza. Recordó que en su vida había hecho nada malo, y corrió de nuevo á la ventana de la salita. Miró á la carretera. Aún no venía nadie á prenderla. Tenía tiempo aún.—Y, armándose de valor, corrió á la cocina, cerró el cofre bien cerrado, tal como estaba, vació la silla en el fregadero, metió en ella el precioso cofrecito, bajó á la calle, cerró con llave, y, poniéndose la silla en la cabeza, echó á correr, á correr hacia el pueblo, mirando á todos lados, y esforzándose en parecer serena.

El cielo se oscurecía cada vez más: la lluvia se había hecho tan gruesa, que las calles por donde Nicolasa pasaba estaban sin un alma. ¡Mejor! (pensaba la pobre mujer) ¡así nadie me verá!—Y corría, corría á casa de aquel pillo de *Chiscás*, á la casa nueva, una zahurda infecta, que Nicolasa conocía muy bien, por haber vivido en ella una concuñada suya. No veía el camino: la lluvia la iba calando poco á poco, pero ella corría, corría como una loca: iba á otro arrabal, al otro lado del pueblo, muy lejos.—Por fin llegó. Llamó, subió, entró como una bomba, y halló á *Chiscás*, alto, delgado, sin más vestido que una chaqueta y un pantalón, sin camisa, y descalzo. Nicolasa dejó su silla en el suelo y se apoyó en los pies de la cama de madera, revuelta aún, desordenadísima, miserable, con un solo jergón de hoja y una manta.

—¡Lo encontré!—decía en voz baja y sin aliento.

Chiscás la miraba con sus ojillos punzantes, adivinando algo gordo, pero sin acabar de entender aún. Siguiendo la mirada ansiosa de la vieja, corrió á la silla, sacó el cofrecillo mojado, abriólo, levantó los trapos, y quedó sin atreverse á tocarlo, mirándolo desde lo alto de su estatura, allí, en el suelo, abierto, mostrando su opulencia fascinadora. Acer-

cóse *Chiscás* al oído de la vieja, para no gritar, y le preguntó con ansia:

—¿Dónde?

—En el fogón, detrás de un ladrillo.

Hubo una pausa.

—¡Y tantas veces como yo lo he buscado por toda la casa!

Chiscás estaba absorto. Pero se rehizo pronto. Quería terminar enseguida, antes de que Nicolasa reflexionase; fué al cofre, cogió una moneda, que acertó á ser de cuatro duros, y se la dió á la vieja, diciéndole al oído.

—Bueno, tome: ¡es V. una mujer honrada!

Y la empujaba hacia la puerta.

—Gracias, señor, Dios se lo pague—decía la vieja.—Y, sin conciencia de sí misma, dejándose empujar por el gandul, recogió su silla vacía, bajó la escalera y salió á la calle, recelosa, disgustada, sin fuerzas para pensar lo que había hecho.

Chiscás, al quedarse solo, cerró bien la puerta, escuchó por precaución, y poseído de una alegría salvaje, inmensa, brutal, miró al abierto cofre, frotóse ambas manos, apoyó la cabeza en el suelo y dió sobre ella una zapateta, una vuelta de carnero, viniendo á quedar sentado, mirando á un lado y á otro, con faz alegre, la horrible desnudez de su zahurda.

Entonces se acordó de Nicolasa, supuso á la pobre mujer caminando cuesta arriba, bajo la lluvia, con su silla vacía; descalza, vestida de percales descoloridos, desgredada y puerca; pero resignada á su trabajo, á su miseria, contenta con aquel miserable ochentín isabelino que le había dado; y el gandul, sonriéndose con toda su malicia de gagnápiro, exclamó en alta voz, sin levantarse del suelo y mirando á su cofre:

—¡Valiente burra!

AURELIO RIVALTA.





VINDICACIONES ⁽¹⁾

Si aun en los tiempos que alcanzamos, en los que Galicia es conocida por el constante trabajo de sus hijos, que se distinguen en todas las esferas del saber y de la actividad intelectual, es necesario salir á la defensa de nuestra región, contra ataques injustos, juicios depresivos y supuestos injuriosos, fácil es comprender cuánto más necesario sería realizar esa tarea de vindicación en épocas anteriores, en que era menor la cultura y más general el juicio poco favorable, que de la gente gallega tenían formado hasta personas ilustradas, que, emitiendo opinión y fundando consideraciones sobre materia que desconocían, no acreditaban ciertamente su seriedad.

Como ejemplo de esto, podemos citar las polémicas que sostuvieron, entre otros, el P. Sarmiento y el Cura de Frui-me, don Diego Antonio de Cernadas, quiénes, con energía,

(1) Fragmento de un libro titulado *Galicia en el teatro antiguo* (en preparación.)

fundamento y agudeza supieron coutestar á las diatribas de que en sus épocas eran frecuentemente objeto los gallegos.

Por artículo de fe pasaban entonces—y aun recientemente las aprovechó la necedad de algunos—frases de los poetas del Siglo de oro: tales como aquélla del picaresco Tirso de Molina:

*Que son muchas gollerias
pedir doncellez gallega:*

la del insigne Lope de Vega:

Galicia, nunca fértil en poetas:

lo de

*Camino en que quepan dos,
verdad, limpieza y justicia,
no lo hallarás en Galicia
aunque lo pidas por Dios,*

adulterado más tarde con una modificación ofensiva para el honor y virtud de nuestras mujeres; y aqnel *soneto*, por muchos atribuído al mismo Lope, que comienza:

*Soberano Señor, que permitiste
que los gallegos te llamasen padre,*

donosamente imitado, en sentido inverso, por el citado cura de Fruime.

Por artículo de fe—repetimos—pasaban entonces entre el vulgo, y en este incluimos á personas que por sus demás condiciones y circunstancias no pertenecian á él, sin tener en cuenta los juicios y apreciaciones que se desprendían de las obras de los mismos autores de esas frases; juicios y apreciaciones altamente honrosos para el país gallego y sus naturales, que en obras notables de esos autores insignes figuran ensalzados y desempeñando importantísimo papel.

Entre las más famosas producciones de los más notables autores dramáticos del siglo XVI, cuéntanse varias, en que representan la parte más importante los hijos de Galicia, se ponen de relieve las virtudes y nobleza de los mismos y se cantan las bellezas y excelencias de la tierra en que nacieron; con la particularidad de que esos autores, los que en frases sueltas se expresaron con mayor crudeza respecto de la mujer gallega, á la mujer gallega eligieron como asunto y objeto de sus poemas dramáticos.

Pero de esto prescindieron por malicia ó ignorancia las gentes cultas, y á la muchedumbre indocta y al vulgo irreflexivo pasaron únicamente, y de boca en boca circularon los

conceptos y frases que deprimían á los gallegos; frases y conceptos emitidos por los mismos que les hacían justicia, y que fueran, sin duda, escritos para obtener efectos del momento.

No es tarea difícil la de demostrar que los autores más eximios de aquella gloriosa centuria de nuestra literatura nacional, tenían formado alto concepto de Galicia y sus gentes, figurando á la cabeza de ellos Calderon, Lope de Vega y Tirso de Molina, como lo haremos con una exposición y análisis de sus obras en que trataron de personas y cosas de nuestro país; y abonan su juicio la importancia que á estas concedieron haciendo de ellas objeto y argumento de sus comedias, en las que demostraron conocerlas, cosa que fácilmente se explica porque la posición que ocupaban y la esfera en que vivían, en trato continuo con gentes distinguidas, de consideración en la corte, teniales en relación con personajes gallegos, al mismo tiempo que su propia cultura teniales enterados de lo que, con tino y fundamento, acerca de Galicia se escribía.

Sin discutir ahora si es el Teatro escuela de las costumbres, es lo cierto que el poeta ha de llevarlas á la escena, si quiere vivir en la realidad, dar á sus obras los caracteres de de ésta y asegurarles existencia duradera. Las costumbres refléjanse, pues, en el Teatro, y más en la época de los autores aludidos que en otra alguna expresábase en ellas el juicio que al poeta merecían, hasta tal punto que ese personalismo es defecto que muchos críticos les han señalado. Siguese de esto, por lo tanto, que lo que de Galicia llevaron á la escena los príncipes de los dramáticos españoles, es lo que de ella conocían; que si el valor, la nobleza, la lealtad de los gallegos, y la virtud, la fidelidad, la fuerza de ánimo de las gallegas, fueron por ellos escogidos para asunto de sus comedias, fué por que de buena fama y envidiable concepto disfrutaban entonces nuestros conterráneos; y si las excelencias y encantos de nuestra tierra constituyeron tema para la inspiración de tan eximios poetas, fué, asimismo, porque tal opinión disfrutaba esta porción de España, y los asuntos que á ella se referían merecían interés por parte del público, no obstante pudieran hacer creer lo contrario las frases escritas en demérito del país y gente gallegos que antes hemos citado y que consideramos sin valor alguno, desmentidas como están por sus propios autores cuando de cosas de Galicia han tratado con extensión y seriedad.

Asimismo los asuntos históricos fueron elegidos por dichos dramáticos, pero estos tenían su interés general, por lo que no queremos referirnos á ellos concretamente, sino á los de interés local; por más que si, como dice un ilustre historiador "en los héroes se personifican las razas,, tampoco hay porqué desechar esos datos que contribuyen á demostrar la estimación y aprecio que de Galicia se hacía en época en que muchos créen alcanzaba, lo que nunca podía merecer, desfavorable juicio.

Nuestras costumbres, nuestros bailes y cantos populares fueron también utilizados en el antiguo Teatro español. La peregrinación á Santiago de Compostela era en aquellos tiempos cosa muy en uso, y tal asunto forma el del *Prólogo ó Loa* con que da principio la *comedia famosa del Mercader amante compuesta por el famoso poeta Gaspar de Aguilar*, romance que dice:

Matilde, condesa hermosa
Del condado de Lunago,
Por una grave dolencia,
De que estuvo muy al cabo,
Hizo voto de que iría
Pelegrina á Santiago;
El conde no lo estorbó,
Más de acompañarla ha holgado.
Parten á su romería
Sin criada ni criado;
Que hay más mérito creyendo
Habiendo mayor trabajo.
No llevan dineros, no,
Ni menos letras de cambio,
Holgando de hacerse pobres,
Se sustentan mendigando.
Pasaron trabajos grandes
Por ser el camino largo,
Y los delicados pies
Estar poco ejercitados;
Y sin esto, la condesa
Nueva carga ya llevando,
Preñada de siete meses
Estaba cuando ha llegado
A la casa deseada
Templo del Apóstol Santo;
Habiendo desde su tierra

Un año hasta allí tardado.
Adoran el Santo cuerpo
Con razón reverenciado
Por el universo mundo
Donde quiera que hay cristianos,
Y de muchos peregrinos
De muy lejos visitado.
Tomaron conocimiento
Aquí con un ermitaño,
Que también por devoción
Visitaba el cuerpo Santo.
Este á entrambos confesó,
Porque era también letrado.
Entendido de cuan lejos
Habían allí aportado,
Y que eran personas tales
Afición les ha cobrado.

Sigue aquí el poeta refiriendo la invitación que el ermitaño hace á los condes para que visiten su hermita, situada en un monte, lejos de poblado, á donde no llega alma viviente. En aquel lugar, sobrevienen á la condesa los dolores del alumbramiento, en cuyo trance fallece apelando á Dios, la Virgen y al glorioso Apóstol cuyo templo visitara. Cuenta después la loa del *famoso poeta*, que el ermitaño sacó viva la criatura cuya alimentación encargó á una cierva que allí había. Luego de ésto, el conde tornóse á la ciudad de Compostela, donde también falleció del dolor de la pérdida de su muy amada esposa. Bajo la dirección del buen eremita crióse el huérfano, de cuyos primeros pasos da cuenta el poeta en su *prólogo* que extractamos.

La frecuencia con que en aquella época, como en otras, se hacían peregrinaciones á Santiago por gentes principales y en la misma forma en que Gaspar de Aguilar refiere la de los Condes de Lunago, era motivo á que se conociesen las costumbres de Galicia y se admirasen las condiciones de esta tierra, apreciando las virtudes y trato de sus moradores, como era natural en viajes largos y á pie, con necesidad de hacer muchas detenciones en el camino.

Así, por verídicas relaciones de viajeros, que hablaban por impresión propia y conocimiento directo del país y de sus gentes, podía en la Corte conocerse también lo que era Galicia, mal juzgada por inexactas referencias, y ese conocimiento ser la base del propósito de los autores, al llevar

cosas de nuestra patria á la escena, en lo que se refiere á tipos y costumbres.

Dijimos antes, que los cantos y bailes de nuestro país sirvieron también á los dramáticos de entónces para sus composiciones; y, en efecto, en la también *Comedia famosa*, compuesta por el Licenciado Juan Grajales, con el título *El Bastardo de Ceuta*, finaliza la loa, igualmente calificada de *famosa*, con un baile denominado de *Sotillo de Manzanares*, en el que "salen los bailarines y damas en hábito de portugueses.,,"

Salieron con instrumentos
 Dos damas y dos galanes,
 Y bailando dulcemente
 Así dicen con donaire:
 Non voteis á mi nina fora
 Miña nai, que ela se irá:
 Que es de note y face obscuro
 É mi nina se perderá.
 Daisme, nina, may cariño,
 Y despois votáisme fora;
 ¿Donde irá mi nina agora
 Que no cheve mal camiño?
 Si ficere un desatiño
 A culpa vosa será;
 Que es de note y face obscuro
 É mi nina se perderá.

Retfranse los bailarines y damas que apunta el aparte de la loa, y los músicos dicen:

No queda nadie en el Soto
 Que en vellos no se alegrase,
 Con deseo que la fiesta
 Entretuviese la tarde.
 En otra parte Galicia
 Sus gaitas de vero tañe,
 Porque sus toscas zagalas
 A su son brinquen y salten.

"Salen los bailarines y damas, *en traje de gallegos*, levantados los brazos y las palmas mirando á la gente.,," postura que corresponde á nuestro baile popular la *Muiñeira*.

Salió Juan de *Rivadabia*
 Con su Dominga Fernandez,
 Y Pedro, mozo de mulas,

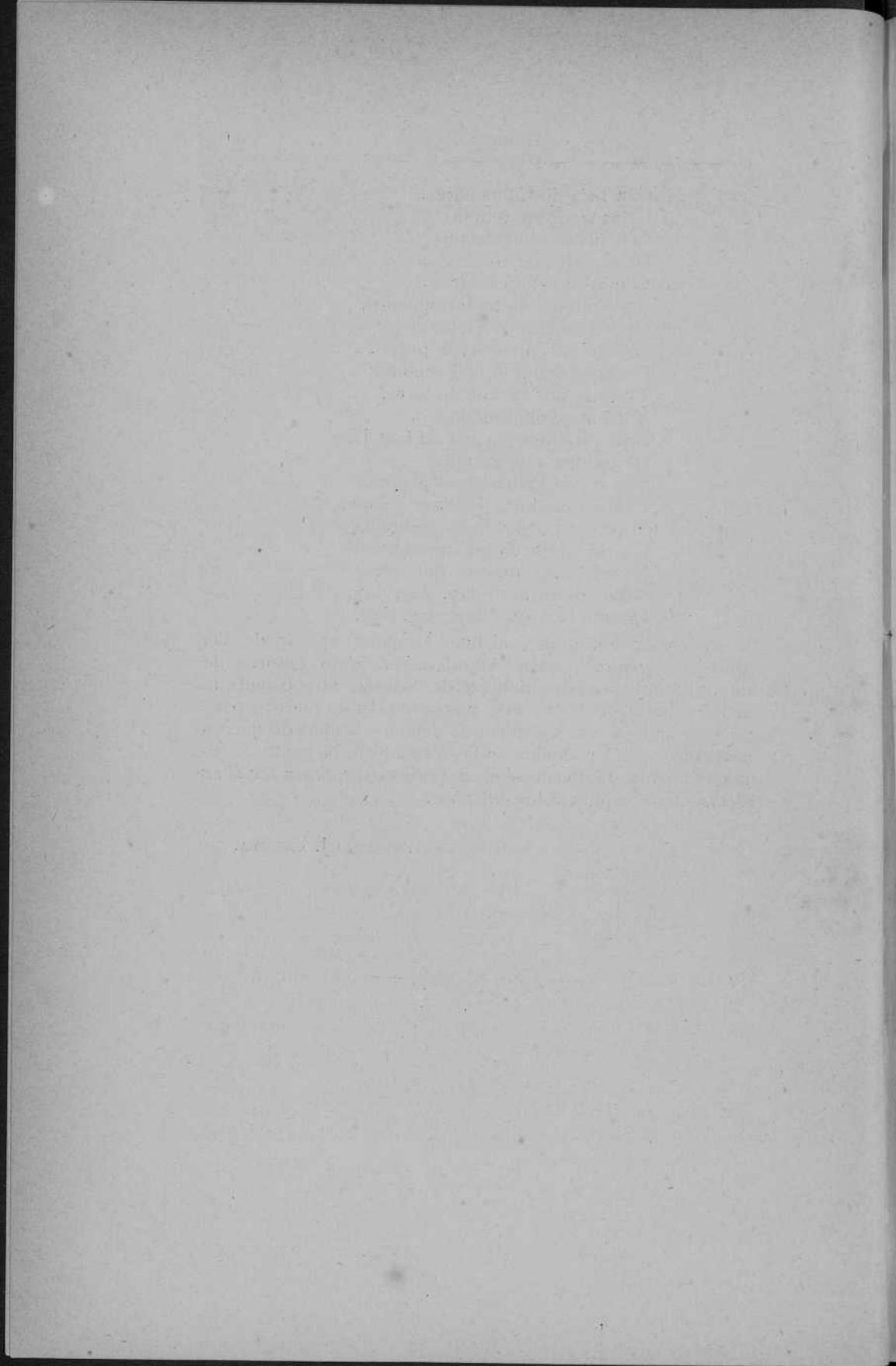
Con Inés de Colmenares:
Estas fregonas tetudas
Con sus lacayos delante,
De sus alforjas ó setas,
Cantaron estos cantares:

Asenteme en un formigueiro,
Decho á demo lo asentadeiro:
Asenteime en un verde prado,
Decho á demo lo mal sentado;
Yo pasé por la cruz de ferro,
Voto fice volverme luego,
Non volví porque allá en Castilla
De follona soy polidilla;
Soy de mi Pedro moza lozana,
Cuando me mira limpia y galana.
Si pasais por los míos umbrales,
Ay de vos si no me mirades:
Daime la mano si me queredes,
Millos ollos, hora day, day, day,
Dadme la mano, day, day, day.

Ni Gaspar de Aguilar, ni Juan Grajales, apesar de sus comedias *famosas*, están considerados como autores de nota, ni tampoco eran oriundos de Galicia, no obstante lo cual revelan conocer los usos y costumbres de nuestro país, comprobándose con las citas que dejamos hechas de que en aquél tiempo era conocida en la Corte, entre la gente de letras al menos, la tierra que, si pudiera ser *nunca fértil en poetas*, supo inspirar á los extraños.

AURELIANO J. PEREIRA.







CARTA ABIERTA

Sr. D. Andrés Martínez Salazar.—En la Coruña.

Mi querido amigo, si no fuera que usted me da un ejemplo de abnegación, intentando resucitar la revista GALICIA, créame, no mermaría un solo minuto á mi labor cotidiana, para escribir un renglón más, de los que al cabo del día escribo.

Bien sé que quien honra á su patria se honra á sí mismo; pero, apesar de eso, la lucha por la vida agota de tal modo las fuerzas morales y físicas, que solamente los hombres privilegiados pueden soportar el doble cansancio; y yo, que no me creo hombre excepcional, estoy tan cansado ¡tan cansado!.... Ni siquiera puedo decir, “si la carne es flaca, el espíritu está pronto,„ ni aun con el cebo de lo de honrarme.

Pero me habla usted de Galicia. Ya me figuro (hace muchos años que no piso *la tierra*) que la Coruña ofrecerá á estos cortesanos y demás visitantes veraniegos, un espléndido balneario en Riazor, donde un restaurant elegantísimo; donde un salón de conciertos, lujosamente amueblado; don-

de una soberbia galería de hidroterapia, montada con arreglo á los modernos adelantos de la ciencia; donde, en fin, cuanto el *confort* más refinado pudo inventar para comodidad de los bañistas sanos y alivio de los enfermos, se encuentra allí, en ése balneario, á disposición de cuantos, atraídos por las naturales bellezas de mi tierra, abandonan esta olla de grillos, llamada Corte de España, durante la época estival.

Ya me figuro también, más limpia y tranquila, la Rua Nueva, por faltarle el movimiento de los coches de *La Ferrrocarrilana*, que hacían el viaje diario á la vecina ciudad de Santiago; coches que habrá sustituido, con ventaja, el wagón del camino de hierro. Ya me figuro ver los tranvías de vapor que unen á la capital de Galicia con pueblecillos tan pintorescos como Sada, Oleiros, Pasaje, etc. Ardo en deseos de aposentarme en los hôteles construidos expreso, con amplios dormitorios, cuarto de baño, salones de lectura, luz eléctrica. Quiero hurtar un mes á mi tarea de aquí, para recrearme en las espléndidas termas de la isla de la Toja, en cuya fonda ya se podrá descansar durante la temporada de baños y tomar el fresco en la terraza del edificio, desde donde se abarcará uno de los panoramas de mayor belleza del mundo; ó bien, paseando bajo los copudos árboles del parque, mirar cómo cruzan la ría de Arosa, cientos de lanchas, queches y balandros, que, con el velamen al viento, más que navegar, se deslizan sobre la tranquila y rielante salobre superficie.

Pero no serán preferidas en mi viaje (cuando lo haga, que Dios sabe cuando lo haré) las provincias de la Coruña y Pontevedra. Si Villagarcía y Carril, y Muros y todos esos lindos puertecillos, rebosantes de gente que veranea en cómodos y pequeños hôtelitos, disfrutando de una vida mitad campestre, me atraen como la sirena al marino, también las provincias de Orense y Lugo solicitan mi admiración. Allí veo (en sueños, por supuesto) Rivadeo y Vivero, con sus playas de finísima arena, donde se alzan hermosos establecimientos de baño; con sus fábricas de mantequería, de donde salen los quesos mejor elaborados de España; con sus grandes almacenes de salazón y embutidos; con sus limpias y cómodas hospederías, que así miran al cantábrico, como se guarecen á la sombra de frescas umbrías, de espesos bosques. Tengo grandes ansias por recorrer el trayecto de la línea férrea que va, de la general del Noroeste, hasta

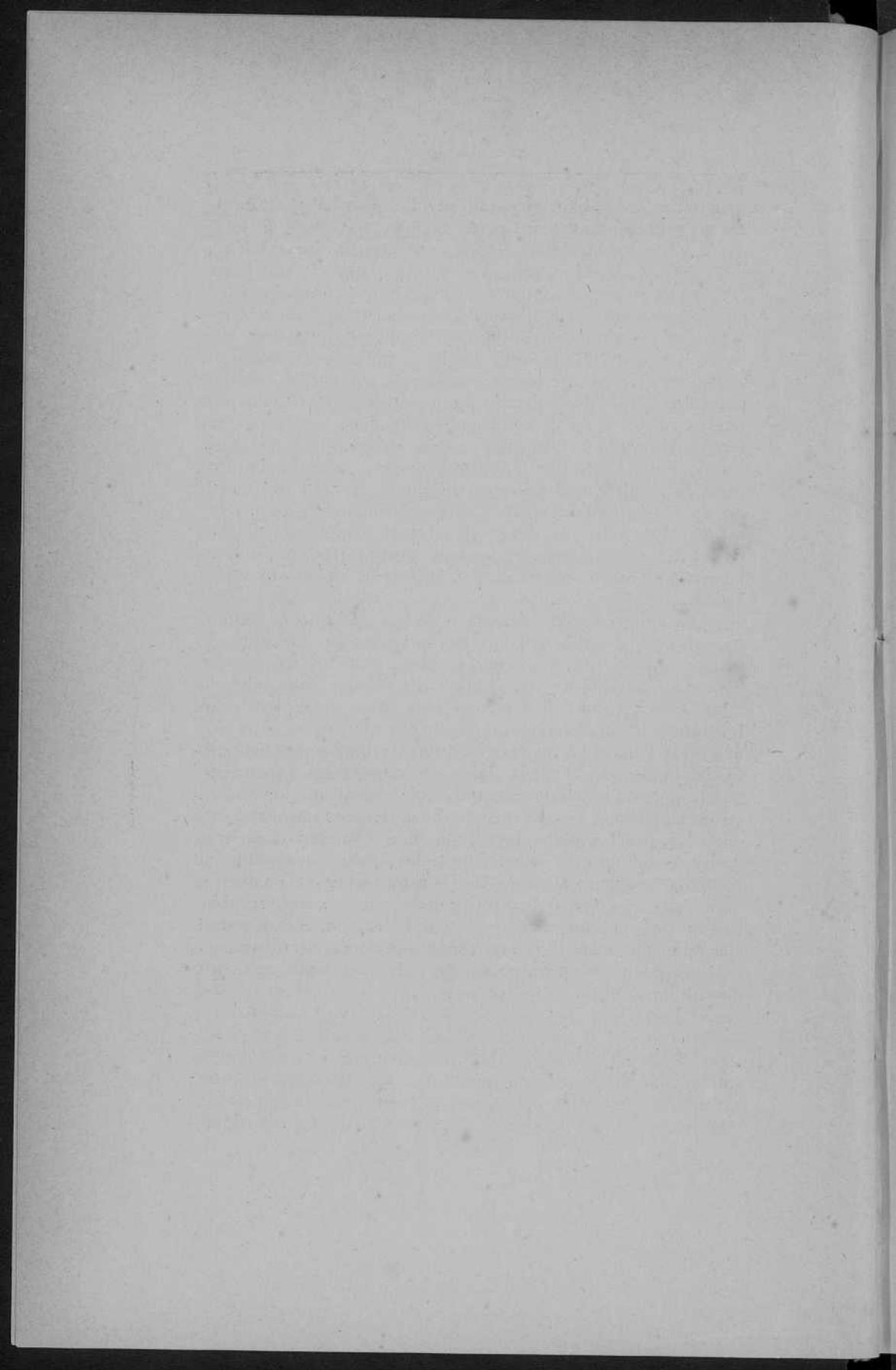
esas hermosas poblaciones, tan olvidadas en algún tiempo de sus representantes en Cortes.

Y Verín, cuyas aguas hacen competencia formidable á las famosas de Mondaríz, Verín, digo, que á estas horas contará en su establecimiento termal, por cientos los enfermos, aposentados cómodamente, en sibaríticas habitaciones, ó bien en los alrededores, dignos de que los cantase un Horacio; Rivas de Sil, que verá llegar á millares los *touristes*, transportados en ligerísimas *jardineras*, ávidos de contemplar aquel soberano paisaje, y aquel monasterio sin par; Orense, unido á sus departamentos vinícolas, por tranvías ó ferrocarriles de vía estrecha; y, por último, juro no morir sin examinar el excelente *sanatorium* que, rodeado de aromáticos y balsámicos bosques de pinos, al lado del Océano, en la templada zona de no sé cuál rincón de la provincia de Pontevedra, es digno rival, para curar las enfermedades de los pulmones, de las vías respiratorias etc., del celeberrimo alzado en Suiza, en la región alpina de Inter-Laken.

¡Oh, amigo Salazar! la misión de la *revista* no es pequeña, ni fácil y—ahora hablo en serio, cuanto en tono de broma dejo apuntado—es una pequeña parte de lo que Galicia *debe* hacer, si ha de redimirse del desdén con que se la mira. Galicia tiene en sí misma elementos suficientes para levantarse hasta un nivel que jamás alcanzarán otras regiones de la Península, hoy las favoritas de la fortuna, las mimadas del dinero. Galicia debe enterarse, sino lo está, de que la política ha caído en completo descrédito, por qué..... ya no es política lo que necesitamos. Hemos alcanzado libertades, prerrogativas, leyes, que ya no pueden desaparecer; y lo que en este orden falte todavía, se conseguirá sin recurrir á extremo alguno. Ahora la industria, el comercio, la ciencia, las artes, deben trabajar de consuno, para recabar lo que de derecho corresponde á la región. Soñar con el autonomismo, cuando aún necesitamos tutores, es tanto como pretender lanzarse á las nubes, sin tener alas que nos conduzcan hasta ellas.

R. Balsa de la Vega.

Madrid, 15 de Junio de 1892.





EDADES Y PASIONES DE LA VIDA HUMANA

LA infancia es la primavera de la vida; por todas partes son flores y encantos. El inocente niño, que duerme tranquilo en el regazo de su madre, es el emblema de la dicha y de la ventura. El niño cree que el mundo tiene por límites las montañas ó los mares que constituyen su horizonte sensible; cree que puede coger la luna, que refleja su luz pálida y melancólica en las límpidas y cristalinas aguas de un arroyo. Sin embargo, en esa tierna edad aparece, cuando menos, la envidia, esa pasión baja, rastrera, estéril, impotente, destructora, simbolizada por una serpiente que se muerde y desgarrá á sí misma; pasión magistralmente descrita por Ovidio, en un trozo selecto de la clásica literatura latina.

Los rasgos, que caracterizan á la infancia, son: la imprevisión, la irreflexión, la impremeditación, el poco ó ningún cuidado del porvenir. En medio de todo, el infante se mece en doradas ilusiones, en plácidos ensueños, en fantásticos delirios, sin responsabilidades, sin miedo de ningún linaje,

no siendo á quimeras y supersticiones; pudiendo aplicarse aquí aquellos versos del gran poeta D. José Zorrilla:

*“Bello es vivir, la vida es la harmonía,
luz, peñascos, torrentes y cascadas,
un mar de fuego iluminando el día,
aire de aroma, flores apiñadas.”*

A la infancia, sigue la juventud en sus varios períodos. Esta es la edad de las pasiones nobles, elevadas y generosas; la edad de la oposición, de la contradicción, de la rebelión: la edad en que el joven, lleno de valor, fuerza y ardimiento, acomete las empresas más arduas y colosales, sin que nada le arredre, ni intimide, pronunciando el grito de Medea: *yo me basto á mí misma*; siéndole indiferente ceñirse la brillante corona del triunfo ú obtener la palma triste y funeral del martirio. Empero la juventud, que tiene las llaves del porvenir; que ve un mundo delante de sí, un mundo abierto á todos los deseos, exigencias y caprichos de una imaginación ávida de ilusiones, se halla expuesta á muchos y variados contratiempos, reveses é infortunios.

La juventud es un viaje por un Océano profundo, proceloso, henchido de azares y peligros: quién, en esa travesía, fracasa contra un escollo; quién es devorado por un monstruo marino; quién es arrojado á una isla inhospitalaria, erial y desierta; quién es sumergido entre las olas alborotadas y rugientes del piélago insondable, entre los horrores de un naufragio: feliz el que llega salvo á la playa y al término de su destino, pudiendo narrar tranquilo y sereno las vicisitudes y desgracias de su derrotero. Quizá en esta edad comienza á surgir algún desengaño; quizá alborea algún arrepentimiento de pasados extravíos, y se deploran fatales consecuencias, ya irremediables. El hombre se encuentra ya parecido al Dios Término de la mitología pagana, con la planta fija entre dos heredades, sin pertenecer á ninguna; cuadrando aquí el pensamiento del inmortal Espronceda:

*“Fatalidad, fatalidad impía,
pasa la juventud, la vejez viene,
y nuestro pie, que nunca se detiene,
recto camina hasta la tumba fría.”*

Después de la adolescencia, viene la edad propecta, la edad viril. La razón llega á su mayor desarrollo y fuerza. Dominan las pasiones de ambición, avaricia, vanidad, orgullo, predominio, que van preponderando sobre el amor, de

anteriores lustros. Las ilusiones, las fantasías, los espejismos de la existencia empiezan á huir de la mente y del corazón, como las nieblas de la mañana se disipan, al aparecer el astro radiante del día; como el humo se disuelve por los ámbitos infinitos del espacio; como la estela se desvanece instantáneamente tras del bajel en la inmensidad de los mares; como la flor fresca, brillante, lozana, durante los primeros albores del día, que, al declinar la tarde, yace marchita, y seca, y deshojada; para alfombrar la tierra, para rodar por el suelo, para confundirse y revolverse en el polvo; para ser, por último, arrebatada por el viento.

El hombre, en esta edad, emprende obras grandes, difíciles y fecundas; descubrimientos de tierras, islas y continentes lejanos; proyectos cuya realización tiende á cambiar y transformar la forma y geografía físicas de nuestro planeta: obras que llevan estampado el sello de la conveniencia, de la utilidad y de un porvenir trascendental para el género humano.

En tales circunstancias el hombre, se aferra á sus ideas, que conceptúa salvadoras, á semejanza del valiente soldado, que se agrupa alrededor de su bandera y combate por ella hasta morir; porque ese pedazo de tela es la representación, el símbolo, el emblema del honor, del triunfo, de la gloria y de la patria.

Sin embargo, en medio de éxitos brillantes y de resultados felices, el mortal se desanima y desfallece ante la cordedad de la vida y la pérdida de sus esperanzas, y prorrumpe en aquellas palabras de nuestro Lord Byron, del inspirado ya dicho poeta Espronceda:

*“Pasad, pasad en óptica ilusoria,
á otras jóvenes almas engañad;
nacaradas imágenes de gloria,
coronas de oro y de laurel pasad.”*

Luego viene la vejez, que es el invierno de la existencia. Edad triste, lánguida, desconsolada. Ya no hay porvenir, á no ser luctuoso y horrible. Acosan y persiguen el ánimo, punzan y martirizan al hombre melancólicas lecciones, desengaños amargos; recuerdos estériles, importunos, desconsoladores.

Aquél vive principalmente en lo pasado: cuanto le rodea le disgusta, le incomoda, le aburre, le irrita, comparándolo con lo que había en su mocedad. Desconfía del pro-

greso material y moral de la especie, repitiendo la frase del satírico Horacio: *mox daturos progeniem vitiosiore*m. El egoísmo informa y domina todos los actos. Las potencias intelectuales se debilitan y ofuscan, y el cuerpo se va encorvando hacia el suelo, como para buscar el sepulcro que ya le reclama. Entónces el sér mortal, con el repetido Espronceda, dice:

*“Para mí los amores se acabaron,
el mundo entero para mí acabó,
los lazos que á la tierra me ligaron
el cielo para siempre desató.”*

Sin embargo, el hombre, aun en esta edad, puede prestar inmensos y varios servicios á sus semejantes. Voltaire fué coronado en el teatro, ya en su ancianidad; Radezki soportaba las mayores fatigas de la guerra, peleando por Austria contra Carlos Alberto, del Piamonte; Moltke mandaba, instalado en Versalles, á ochocientos mil alemanes diseminados por Francia. Pocos años ha, el Presidente de la famosa Academia de ciencias de París tenía cerca de cien años, conservando expeditas sus facultades mentales; Mr. Thiers hizo prodigios de actividad y de valor civil en pro de su patria, durante y después de la guerra franco-prusiana; Víctor Hugo manejó su bien cortada pluma hasta una senectud avanzada, daba lecciones á sus nietos, y uno de éstos, cuyo matrimonio fué celebrado en París, motivó allí un gran acontecimiento; también Mr. Guizot adoctrinaba, en sus últimos largos años, en la historia, sus nietos.

Por eso se observa que la palabra anciano excita siempre ideas de nobleza, de elevación, de saber, de experiencia, de respeto; á diferencia de la palabra viejo, que admite aumentativos y diminutivos de burla y desprecio. Así es que se dice: los viejos, que persiguieron á Susana; los ancianos, que gobernaron á Israel; la Cámara de los Ancianos, en Francia, en tiempo del Directorio: se podría citar muchos ejemplos de esto, como igualmente de lo anterior, relativamente á personas, sin olvidar á Lord Gladstone.

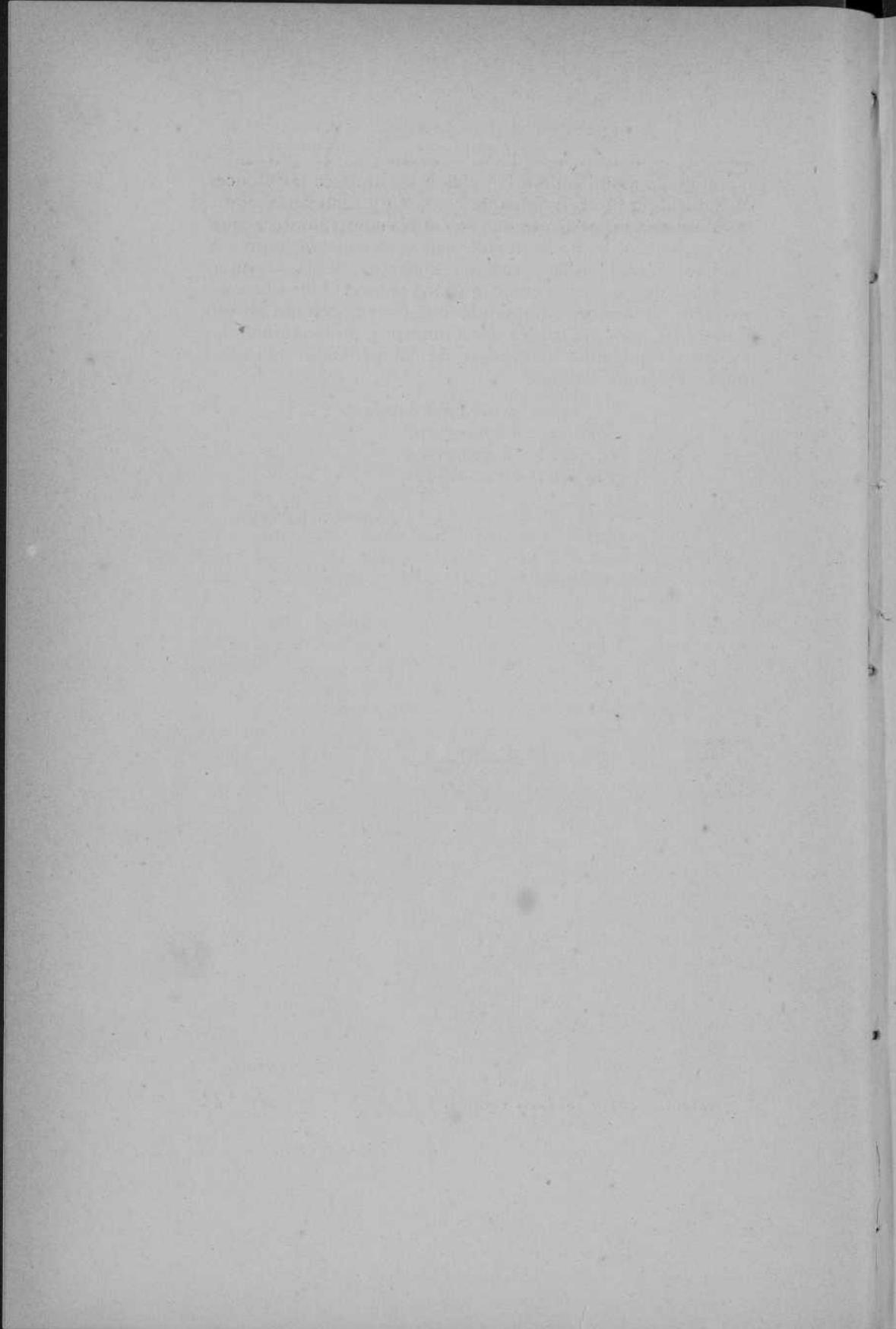
No obstante, el hombre tiene que pagar tributo á la Naturaleza: el que sobrevive á la vejez entra en la decrepitud, próximo período de la tumba. En aquélla la memoria se pierde, las fuerzas abandonan el cuerpo, las enfermedades asaltan y persiguen por donde quiera, el hombre vuelve en parte á ser niño, pero niño decrepito, á diferencia de niño

infante, aun atendiendo á la opinión de Rousseau. Entónces, la Naturaleza ofrece puntos de contacto y semejanza con el hombre: ese sol poniente que se entibía como nuestros amores; esos árboles que se desadornan y esqueletan, representando la pérdida de las gracias y encantos de la juventud; esos ríos que se hielan como nuestra sangre. Llegado á ese extremo, el hombre comprende que es ya extraño en este mundo, se abraza á la idea de la muerte y de la eternidad, y exclama, repitiendo los versos de un profundo filósofo y poeta, D. Jaime Balmes:

*“Triste destino del hombre
el nacer con amargura,
el vivir en desventura
y el morir en el dolor.”*

ANTOLÍN ESPERÓN.







UNA ROMERÍA EN PORTUGAL

NOBLE deseo de estudiar tipos y costumbres, en unos, los menos; vivísimo afán, en otros, los más, de dar esparcimiento al cuerpo, ganoso de bulla y regocijo; ocasión que las circunstancias nos deparaban propicia de sacudir, por breves horas, todos, el tedio en que la monótona vida de agüistas nos tenía sumidos, fueron los diversos acicates que, espoleándonos por igual, la plácida tarde de un domingo del pasado Agosto, pusieron en conmoción, tan luego como se apuraron las tazas de café, á cuantos nos hospedábamos en el *Grande hôtel del balneario de Caldelas*.

Renunciaron, no sin ligera contrariedad, á sus gratísimas siestas los que solían disfrutarlas; se suspendieron por un día las amenas conversaciones del vestíbulo, á las horas de calor, tan fresco y deleitoso, y unos tras de otros, y en pintoresca confusión todos, nos encaminamos á la rivera para tomar puesto en dos barcas de forma primitiva, que, cortando suavemente las tranquilas aguas del poético Miño,

nos condujeron en cinco minutos, algo escasos, á la cercana orilla portuguesa.

—¡Ya estamos en el extranjero!—gritó una hermosa, al poner pie en aquella tierra, tan semejante á la española, que trabajo cuesta creer, al recorrerla, forme parte de una Nación que no sea la nuestra.

—En el extranjero, sí, contestamos los demás—aunque estas lindas campiñas de constitución accidentada y de variados matices, y estos cultivos, y cuanto la vista absorta contempla, y hasta el idioma de las gentes que al paso tropezamos, hijo legítimo, manifiestamente, del gallego, nos digan, con la voz elocuentísima de la realidad, que es este país un pedazo de la patria, en mal hora de ella desgajado, contra lo que, en unánime concierto, claman el elemento geográfico y el filológico, el etnográfico y el histórico.

Y así diciendo, y en conversaciones de esta guisa entretenidos, cruzábamos prados y florestas; atravesábamos trochas muradas de verdura y alguna cubierta de viñedo; y, con la dificultosa subida de una cuesta empinadísima, poníamos fin á la caminata, desembocando en el engalanado atrio de la iglesia, punto y lugar de la renombrada romería á que, reverentes sí, pero más curiosos que piadosos, concurríamos.

El pequeño templo, adornado en su fachada de mirtos y cintajos, y con su interior solitario, convidaba á penetrar en él, y así lo hicimos, sin descansar siquiera de las molestias que nos había producido la fatigosa ascensión.

Y aquí fué el asombrarse; el llamar unos á otros para hacer comentarios, cada cual más sabroso y oportuno; el disputarse el puesto más cercano, y que mejor punto de mira fuese, para contemplar con detenimiento aquella extraña y abigarradísima ornamentación, que no tenía semejante en ninguno de los templos por nosotros, hasta entonces, visitados.

El altar mayor y los dos colaterales, únicos que la iglesia cuenta, desaparecían tras de luengas cortinas de percalina roja, completamente cuajadas de talco dorado y plateado: en el centro del presbiterio, descansando sobre una pequeña mesa, y enclavada en unas andas amarillas, se alzaba una pirámide de más de tres metros de alto por uno y medio de ancho en la base, formada de cintas, percalina, talco, flores de papel y plumas de gallina; en ella, algo más arriba de su promedio, se adivinaba, mejor que se veía, una peque-

ña imagen, que alguien de nosotros reputó de Santa, pero que, según, indignada, repuso la única devota que allí oraba, era la del Santo Patrón, objeto de tan singulares cultos: cinco pendones destacaban sus desgarbadas hechuras á ambos lados de los muros; y á los de la pirámide, y á su frente y como guardianes suyos, se erguían sobre toscos pedestales de madera dos estandartes tan originales, que no puedo resistir la comezón que siento de describirlos.

Las varas de palo, pintadas de azul, sostenían los paños, que no eran sino dos mantones de lana, encarnado uno y amarillo el otro, de los que anudándose á la parte posterior de la cintura, envuelven el torso de las mozas gallegas: en la parte superior de esos pañuelos-estandartes, dos muñecos, de á real uno, vestidos de polichinelas, sostenían, á modo de angeles de retablo barroco, una estampa de la Virgen de la Silla; más abajo, y en el centro, cosidas con cien cintas de todos los colores, se destacaban colosales roscas de pan de huevo, de un metro de diámetro cada una de ambas, y debajo de ellas, otro polichinela, digno hermano de los anteriores, ponía termino al cuadro, cerrando por su parte inferior, el raro dibujo de aquellos estandartes curiosísimos.

Lo grotesco sobre todo de su principal adorno desdecía á todas luces de la solemnidad religiosa, que se celebraba, ¿cuál sería, pues, su objeto y significado? No duraron mucho nuestras cavilaciones. La pregunta fué con esquisita urbanidad contestada por dos mozos, que en aquél momento penetraban en el templo. Las roscas de huevo iban á ser objeto de una subasta pública, y el que en ella las adquiriese sería el encargado de sufragar los gastos de la función el año venidero.

En esto llegaron á nosotros los desacordes ecos de una desafinada orquesta, mezclados con el sordo murmullo de zumbar de abejas de la multitud romera que se ponía en movimiento, y, saliendo de la iglesia, nos internamos entre los grupos innúmeros que, á la sombra de copudos seculares robles, se aprestaban á comenzar el bailable, especie de polka mazurka, que la charanga preludiaba. Y era de ver cómo nosotros cruzábamos el robledal en todas direcciones, avidos de encontrar una mujer que, diferenciándose de las que por donde quiera pululaban, pudiese desmentir con sus encantos físicos el proverbio que asegura que las Gracias

no suelen presidir al nacimiento de nuestras vecinas de más allá del Miño. (I)

Empresa vana; como cortadas por los regulares movimientos de una cuchilla automática se nos aparecían las portuguesas aquellas, de miembros angulosos, tez amarillenta, ojos negros de mirada poco soñadora, vestidas uniformemente todas con faldas cortas que no llegaban al tobillo, chaquetas de paño ó terciopelo negros, según la fortuna de cada cual, rectas por delante y con una ligera onda en el talle; en la cabeza, un pañuelo de seda; en los pies, zuecas de palo, que dejan libre el talón de la media de lana; y, lo que era objeto preferente de nuestra atención y examen, en el pecho, desprovisto de curvas seductoras,—observación que hicimos hombres y mujeres—collares y cadenas atestados de dijes y medallas. Predominaban los primeros y entre ellos los de forma de corazón; mujer había que ostentaba sobre el pecho, hasta cuatro, y varias que lucían alguno de tamaño nada menor que el verdadero. Completaban el atavío que describo, sellando su originalidad, unos enormes pendientes formados cada uno de un aro, que mejor merece este nombre que el de arete, y un colgante recto, de tamaño tal que llegaban hasta los hombros, sobre los que descansaban.

La sorpresa que yo había experimentado al ver en la *Rua das flores*, de Oporto, hasta cerca de cien joyerías seguidas, en cuyos escaparates, relegando á secundario lugar lindas y valiosas alhajas, aparecían como objetos de preferente exhibición, y por consiguiente de venta, los característicos dobles-pendientes y los corazones de proporciones naturales, muchos, esmaltados otros, y todos de muy detestable gusto, esa sorpresa que, como yo, suele experimentar todo viajero, quedó deshecha al ver que, en la romería que describo, ni una sola de las infinitas mujeres que á ella concurrían dejara de dar la razón á los diamantistas de Oporto: todas se engalanaban con tan caprichosas joyas.

La curiosidad estaba ya satisfecha: empezaba á dominarme el cansancio originado por el mareante ir y venir entre la gente: el vino, produciendo sus efectos, aumentaba á cada paso el número, ya crecido, de los que, rindiendo parias á Baco, hacían menos grata la permanencia en la rome-

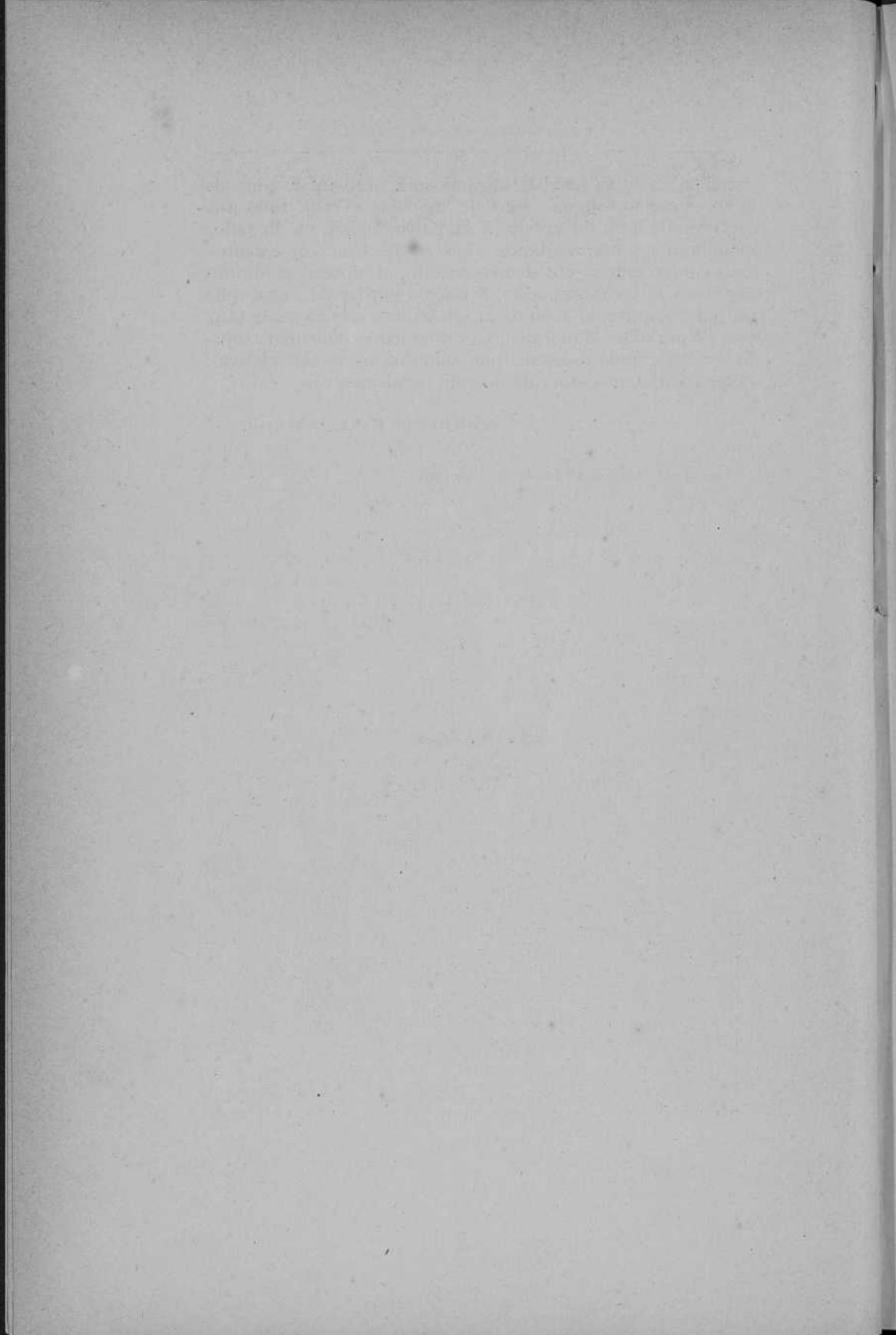
(I) En honor de la verdad, debo confesar, que en Lisboa y en Oporto he visto mujeres hermosísimas, dignas de competir con mis garridas compatriotas.

ría; el sol la abandonaba, negándose á brillantar con sus fulgores escenas dignas sólo de tinieblas. Todo, todo nos decía que la hora de volver á la patria había ya llegado. Reunímonos y emprendimos el regreso. Una voz estentórea y aguardentosa nos detuvo cuando, al doblar el último angulo de la tortuosa cuesta, íbamos á perder de vista, quizás para siempre, el atrio de la iglesia: era la del sacristán, que, de pie sobre la muralla, para dominar el concurso, adjudicaba la segunda rosca de pan con huevo en la relativamente exorbitante suma de dos mil quinientos reis.

A. DÍAZ DE RÁBAGO AGUIAR.

Puebla del Caramiñal, 12 de Octubre de 1891.







ALBERTO GARCÍA FERREIRO

Y SU LIBRO

FOLLAS DE PAPEL



UALQUIERA que siga con reflexiva atención el movimiento literario en Galicia, habrá advertido la notable preponderancia de los poetas sobre los prosistas, y parado mientes en el afanoso interés que nuestros ingenios despliegan por el cultivo de la poesía y el casi abandono á que relegan la prosa.

Ignoro las causas, lo confieso ingenuamente; pero es lo cierto que, si hacemos un balance de las producciones literarias de estos últimos tiempos, nos encontramos con un respetable *haber* de la poesía que contrasta de manera evidente con el *debe* que arroja la prosa. Poseemos poetas que logran que sus concepciones vayan más allá de nuestras fronteras regionales, y en cambio—si se exceptúa de la cuenta á los maestros—carecemos de afortunados cultivadores del lenguaje escrito sin las trabas que impone la rima. Y al hablar del *haber* de la poesía, entiéndase que no me refiero al número, sino á la calidad de los que la cultivan, enaltecéndola; pues no hemos de calificar de poetas á esa turbamulta de

malos versificadores con que á diario topamos en las muchas hojas impresas que se intitulan—los *perpetradores* sabrán por qué—“Revistas literarias,” y el único servicio que á la literatura prestan, redúcese á servir de *fondo de cuadro*, haciendo que las personalidades que tienen los quilates del oro de ley adquieran más alto relieve....

Quédese la inquisición de las causas de aquél desequilibrio para ocasión más oportuna; hoy sólo llamo sobre él la atención de la crítica, ya que la mía reclámala en este momento un acto de estricta justicia: el de consagrar algunas líneas al ilustre poeta García Ferreiro, con motivo de su último libro *Follas de papel*, cuya lectura sugirióme las reflexiones apuntadas.

Annque choque la antinomia, es tarea difícil, por lo fácil, examinar las producciones de tan inspirado poeta orensano, porque es de los pocos que han logrado que el aplauso de la crítica sea unánime, y de los que no despiertan con sus obras esa disparidad de juicios que suscitan las de mérito problemático y discutible. Las de García Ferreiro no se discuten ya; se imponen aún á aquellos espíritus mezquinos, que tienen hecha la censura mucho antes de poner la obra en el crisol del análisis, y á los que suelen elevar sus prejuicios á la categoría de sistema. Un nuevo libro del autor de *Legenda de gloria* equivale á un triunfo más. En casos tales, la envidia, que consume á algunos del *oficio*—pocos, por fortuna—está de enhoramala, pues sus dardos, si logran pasar de la ballesta, van á embotarse en el escudo que les opone el sano y honrado juicio de los paisanos del poeta, y en el de aquellos que no han tenido la dicha de nacer en esta tierra paradisíaca. Porque, como caso poco menos que insólito, debe señalarse lo que acontece con las obras del autor de *Volvoetas* y *Chorimas*: á pesar del injustificado desdén con que los omniscientes de la Corte suelen acoger lo que del orden científico ó del literario exportan las provincias, los frutos del preclaro ingenio orensano dan al traste con la consabida *conspiración del silencio*, y de los más importantes órganos de la opinión madrileña surgen laudatorios conceptos críticos que autorizan, con sus firmas, personalidades tan conspicuas como Núñez de Arce, Mariano de Cavia, Sánchez Pérez, Ferrari, Salvador Rueda, Teodoro Llorente y otros no menos ilustres dispensadores de mercedes y de ejecutorias de aptitud literaria.

Bueno es que, aunque tardía, se abra paso la justicia.

Y la verdad es que no podía ser de otra suerte, pues García Ferreiro es de los *escogidos*; es uno de los poetas gallegos de inspiración más vigorosa, de entendimiento más claro y de más selecta y copiosa cultura. Pocos poseen como él ese fino olfato y esa clarividencia que tienen por natural secuela el acierto en la elección de los asuntos que, ya nacidos en lo íntimo de su alma ardiente y apasionada, ó ya inspirados por las cosas del mundo exterior, campean en las páginas de sus valiosos libros. Pocos logran, como él, vestir el pensamiento con las brillantes galas de una elocución tan espontánea y tan fresca y siempre exenta de esa forzada labor de la rima, que se advierte en los trabajos de otros hijos de las musas. La libertad y soltura con que versifica, comunicando, unas veces, suave flexibilidad á las estrofas, y otras, la aparente aspereza, que tan bien cuadra á los cantos patrióticos á que propende el poeta, tráennos á la memoria la lucha entablada en la música, entre la vieja escuela melódica y la moderna wagneriana. Y es que García Ferreiro maneja con igual fortuna y facilidad todas las combinaciones métricas: tan soberbiamente hermosas resultan las valientes octavas reales de *Lecuda de gloria* como los romances cortos que son el encanto de sus varios libros. Conozco pocos que como él exterioricen el asunto de sus composiciones con más adecuado metro, que tanto importa para la expresión y el movimiento de los afectos, de la ternura y de las infinitas cualidades intrínsecas del lenguaje poético; que no es cosa indiferente esta ó aquella medida, como algunos creen, á juzgar por los frecuentes divorcios de la forma y del fondo que se nota en no pocos poetas. Recuérdese, sino, en corroboración de lo dicho, el desarrollo y los altos vuelos que llegó á alcanzar la poesía castellana cuando, rotas las mallas en que la encerraban las coplas de arte mayor y el alejandrino, adoptó el verso endecasílabo.

El numen de García Ferreiro se pliega á todos los géneros de la poesía: lo mismo maneja el epigrama y la sátira, que canta las desdichas de la patria, que fustiga en valientes apóstrofes á los que hacen mercancía de los más caros intereses de esta tierra sin ventura. Igual brilla en sus elegías sentidas y hondas, que en el poema descriptivo. Para éste tiene las pinceladas ingenuas y francas de los buenos coloristas; y lo mismo imprime agradable y simpático realismo á sus *cuadros de género*, que idealiza, con delicados subjetivismos, los más humildes y vulgares asuntos. Es de los poetas

que más diestramente usan los epítetos y de los de más elegante sobriedad en el ornato de sus versos. Los que quieran contrastar los quilates de la verdad de mis afirmaciones, que se impongan la agradable tarea de leer los libros de García Ferreiro, y habrán de convencerse que mis juicios, lejos de ser apasionados, se quedan á cien leguas de las lindes de la hipérbole.

Las bellísimas composiciones *¡Ala, xa!* *¡Benito Losada!*, *¡Eiquil!*, *A Concepción Arenal*, *¡Ben feito!*, *Dinantes-Despois*, *¡Ben te vin!* y otras muchas, cuajadas de bellezas y primores literarios, que contiene *Follas de Papel*, y que tan sólo enumerar por no apelar al socorrido y fácil sistema de transcribir las, son "casos prácticos," que corroboran lo dicho....

¿No es verdad que al poeta que atesora tan eminentes cualidades, hay derecho á exigirle obras de más alientos, con ser las que han brotado de su fecunda y jamás ociosa pluma, creadoras de su indiscutible reputación literaria? Creo que sí.... Es preciso que aquel brillante ensayo dramático que, algunos lustros ha, aplaudieron sus compañeros de aulas con el febril entusiasmo de la juventud, siendo casi un niño el poeta, tenga ahora la ampliación que pueden darle los altos vuelos de su claro talento, esmeradamente cultivado, y la riqueza y el vigor de su imaginación privilegiada.

J. TARRÍO GARCÍA.

Santiago, Junio, 1892.





PASTEUR E KRUPP

—

Dous xigantes que pelean:
A *cencia* y-a *artilleiria*;
Un, co-as leises que descobre,
Un, c'os cañós que frabica.
Aquél, n-o laboratorio,
Husmexa, esculca, escudría
Os matraces y-as redomas
Pra ver si s' encerra a *vida*
En dous sinos alxebraicos
D' unha fórmula de química;
Este, entre pranchas d' aceiro,
D'a pólvora entr' as barricas,
Os ímpetos d'o clorato
Suxeta às leis d'a balística,
Pra ver si desfai o mundo
Con duas bombas esprosvivas.....

ALBERTO GARCÍA FERREIRO.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

PAULINE K. WILSON

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY



DESDE LA VILLA DE LA FECHA

Mi querido Salazar:
He sabido, por tu carta,
que vuelve á salir en Julio
aquella "*Galicia magna*:",
es decir: vamos á ver,
en traje nuevo y de gala,
á Ferreiro y á Pereira
*e á todos ises que falan
pol-a pruma d'o copleiro
e pol-a boca d'a gaita.*
¿Cuentas ya con suscriptores
De los que al instante pagan?
Más que amor á la región
es dinero el que hace falta!
Así vivirá *Galicia*,
y podrás comprarle falda
y zapatitos *bebé*
de los que gastan las damas

que asisten á *Fai-Alai*,
y á ver la famosa banda
de cornetas que, en el *Príncipe*,
la atención pública llama.
Con recursos, la *Galicia*
ha de tener vida larga:
porque tú la quieres mucho
y la mimas, y la tapas
cuando llega el crudo invierno
con sus lluvias y sus ráfagas
que hacen difícil cruzar
la *Rua Nueva ó la Estrada*.
¡Quiera Dios que tus afanes
no queden en esperanzas!
Ahí va la modesta firma
de este gallego entusiasta;
sino enaltece á *Galicia*,
no la estorba, ni la daña.

JUAN NEIRA CANCELA.

Madrid, 1892.

LA COMERCIAL:

Establecimiento Tipográfico de la Papelería de Ferrer

REAL, 61.—LA CORUÑA

1892